

AMÉLIE NOTHOMB

*Los nombres
epicenos*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Los nombres epicenos
Créditos

Él no se desenoja.

Desenrojarse es el tipo de verbo que solo tolera la negación. Nunca leeréis que alguien se desenoja. ¿Por qué? Porque el enojo es algo valioso, que nos protege de la desesperación.

Tres horas antes, no existía nadie más feliz que él.

–Eres la más hermosa. Por tu culpa, todas las demás son feas. No. Por tu culpa, las otras mujeres no existen.

–Pues tendrás que acostumbrarte a ello.

–Llevamos cinco años haciendo el amor y nunca habíamos llegado tan alto. ¿Alguna vez habías oído algo parecido?

–No.

–Te llamas Reine. Al principio tu nombre me producía terror. Hoy no soportaría que te llamaras de otro modo. Reine te viene como anillo al dedo. Quédate entre mis brazos, amor mío.

–No puedo.

–¿Adónde vas?

–Voy a casarme.

–Muy divertido.

–No es ninguna broma. Me caso con Jean-Louis dentro de dos días.

–Pero ¿qué dices?

–Jean-Louis. Le conoces.

–Pero es a mí a quien amas. Es conmigo con quien quieres casarte.

–Cuando mis padres se casaron, estaban locamente enamorados. Han tenido una vida mediocre. Ahora mi madre le hace de criada a mi padre. Eso no es para mí.

–Conmigo no tendrás una vida mediocre.

–Llevamos cinco años juntos. Aparte de hacer el amor, no has hecho nada.

–No te he oído quejarte.

–No seas vulgar. Jean-Louis será el vicepresidente de una enorme empresa de electrónica. Me lleva a París con él.

–¡París!

–Sí. París. La excelencia, la gran vida. Es lo que siempre había soñado. ¿Cuántas veces te he dicho que quería marcharme de este pueblucho?

–Solo tengo veinticinco años.

–Y yo ya tengo veinticinco años. No puedo esperar más.

–¿Jean-Louis sabe que existo?

–¿Cómo no iba a saberlo?

–¿Y no le molesta?

–Es agua pasada.

–¿Pasada? ¡Hace media hora estábamos haciendo el amor como dioses!

–Era la última vez.

Reine acabó de vestirse en silencio.

–Amor mío, esto es imposible. Dime que es una horrible pesadilla, una broma de muy mal gusto, una provocación.

–Es la verdad. Adiós.

Una vez solo, él opta por el enojo. Para alimentarlo, decide vengarse. ¿Matando a Reine? De ningún modo. Eso se volvería contra él.

Quiere, sobre todo, que Reine sufra. Que sufra tanto como sufre él.

No se desenojará nunca.

Sentada en la terraza de su café preferido, Dominique saboreaba aquella tarde de sábado. Le gustaba aquel sol de septiembre, que calentaba sin quemar.

Secretaria en una empresa de importación y exportación, se sentía orgullosa de su trabajo. Su padre era marino en un buque de pesca, su madre no trabajaba. «Eres una mujer independiente, querida», le había dicho. «¡Bravo!»

Con veinticinco años veía el porvenir con confianza. Le gustaba su soltería. El amor llegaría a su debido tiempo. Cuando veía a algunas de sus amigas casadas y convertidas en madres, se felicitaba por no haber seguido sus pasos. ¡Encasillada, menudo destino más siniestro!

No se dio cuenta de que, en la mesa de al lado, un hombre la estaba mirando fijamente.

–Hola, señorita. ¿Puedo invitarla a una copa?

Ella no supo qué responder. Él lo interpretó como un sí y se sentó frente a ella.

–¡Camarero! Champán.

–¿Dos copas?

–La botella. Y del mejor.

El camarero trajo una botella de Deutz y llenó las dos copas.

–¿Tiene algo que celebrar? –preguntó la joven.

–Habernos conocido.

Brindaron. Dominique nunca había probado el mejor de los champanes y le conmovió que le pareciera tan bueno.

–¿Cómo se llama?

–Claude. ¿Y usted?

Ella contestó que se llamaba Dominique y que llevaba cinco años trabajando en la empresa Terrage. Luego se calló, porque no parecía que él la estuviera escuchando.

–¿A qué se dedica? –acabó por preguntarle ella.

–Tengo que ir a París para crear una empresa –le dijo con el tono evasivo de quien no desea extenderse sobre la cuestión.

Aquel hombre le daba un poco de miedo, no sabía por qué. Se tranquilizó pensando que, después de todo, era él el que la había abordado. ¿Qué importaba que se sintiera decepcionado?

–Es usted preciosa, Dominique.

Se atragantó con un sorbo de champán.

–Y no creo que sea el primero que se lo dice.

Sí, lo era. Hasta entonces solo su madre se lo había dicho y ella se lo había tomado con las lógicas reservas.

–No sé qué decirle, señor.

–Llámeme Claude. Somos de la misma edad.

–Yo no soy una creadora de empresas.

–No se preocupe por este detalle. Me gustaría volver a verla.

Él insistió para que le diera su número de teléfono. Ella se lo dio a regañadientes y se levantó enseguida para disimular su incomodidad.

Si hubiera sido una chica normal, habría llamado a una amiga para contarle la anécdota. Pero siempre había sentido una vergüenza que no sabía cómo explicar. Hablaba tan poco de sí misma que no sabía cómo llamarlo: se trataba de un complejo.

Sabía que todas las otras chicas no lo padecían. En su trabajo, tenía colegas petulantes acostumbradas a las lisonjas de los seductores. A ella nadie le decía esas cosas y había llegado a la conclusión de que no era guapa. En realidad, si nadie le tiraba los tejos era porque intuían su problema.

Aquel hombre –Claude, tendría que irse acostumbrando– no lo había percibido así. Se armó de valor para mirarse en el espejo. «Preciosa», había dicho él. ¿Qué había visto en ella?

Reflexionó. Un creador de empresas no tiene motivos para mentirle a una triste secretaria. No se había comportado como un hombre que busca una aventura. «Esperemos a que llame», pensó.

Transcurrió una semana. «Debería haber sospechado que no iba en serio. Menos mal que no se lo he contado a nadie.»

–Hola, buenas tardes, ¿podría hablar con Dominique, por favor?

–Yo misma.

–¿Qué tal está? Soy Claude.

–Pensaba que se había olvidado de mí.

–No es usted de las que uno pueda olvidar. Perdone que haya tardado tanto en llamarla. Tuve que viajar a París para cerrar unos asuntos esenciales de la empresa. ¿Está libre esta noche?

En el restaurante, él eligió por ella. A ella le sorprendió que le pareciera bien, además de sentirse aliviada: temía elegir platos poco sofisticados.

–Está usted muy elegante –dijo él con el tono de un experto.

Ella logró no ruborizarse. «Que hable él», pensó, «si no yo meteré la pata.»

–¿Cómo se llama su empresa? –le preguntó ella.

–En realidad es la filial de la empresa Terrage. Es de importación y exportación.

Ella se rió.

–Sabía que el otro día no me escuchó, sino se habría dado cuenta de la coincidencia. Yo trabajo allí.

–¿En Terrage? ¡Increíble!

Ella le preguntó cómo se llamaban sus colaboradores. Él contestó que, dejando a un lado al presidente-director general, no tenía ningún otro interlocutor. En ese momento ella sintió como su complejo le impedía respirar, y cambió de tema.

–¿Le gusta París?

–Siempre he querido vivir allí. Hay una energía única.

–Nunca he estado en París.

–Le va a encantar.

–Para eso tendría que ir.

–Cuando se haya casado conmigo, no le quedará más remedio que vivir allí.

Ella dejó los cubiertos, suspiró y dijo:

–No me gusta que me tomen el pelo.

–Hablo muy en serio, Dominique, ¿quiere casarse conmigo?

–Usted no me conoce.

–A primera vista he sabido que es la mujer que estaba buscando.

–¿A cuántas mujeres le ha ido con el mismo cuento?

–Usted es la primera.

Ella se levantó temblando.

–No me encuentro bien. Me voy a casa.

–Pero si aún no ha probado bocado.

–No tengo hambre.

Él la siguió hasta la salida.

–¿Me permite que la acompañe?

–No es necesario, y gracias por su invitación.

Empezó a andar muy deprisa y, aliviada, comprobó que él no la seguía. ¿Quién era aquel tipo? ¿Tenía que estar loco para comportarse así?

El aire frío disipó su malestar. Experimentó la alegría de la presa victoriosa, se metió en la cama al llegar a casa y se durmió sin soñar.

A la mañana siguiente, sonó el teléfono.

–¿Dominique? Me comporté como un patán. ¿Qué tengo que hacer para que me perdone?

–Dejarme tranquila.

–Entiendo. Le daré mi número. Llámeme usted, si le apetece.

Ella anotó el número que él le dictaba, convencida de que no lo utilizaría.

Los domingos almorzaba en casa de sus padres. De camino, se detuvo en la pastelería y compró un París-Brest.

El almuerzo transcurrió sin novedades. Hija única, Dominique había heredado la escasa conversación de su padre y la tranquilidad de su madre. Esta, sin embargo, se quedó mirando durante largo rato el rostro de su hija.

–¿Qué ocurre, mamá?

–No lo sé. Creo que te pasa algo importante.

–Deja ya de observarme, por favor.

Por la tarde, mientras daban un paseo, no hablaron mucho más. Pero Dominique sentía que su madre estaba en lo cierto. El paisaje la conmovía con mucha más fuerza, como si acabara de descubrirlo. La gente con la que se cruzaban la miraban de un modo extraño.

–¡Qué guapa está su hija! –les dijo una mujer a sus padres.

Por primera vez, Dominique pensó que le gustaría marcharse de aquella ciudad.

Una vez en su casa, tomó un baño para relajarse. Resistió hasta la hora de cenar y, para su vergüenza, marcó el número de Claude. Él descolgó a la primera señal, como si hubiera estado todo el día junto al teléfono.

–Esperaba de verdad que me llamara.

–No sé por qué lo hago. Hace que me sienta extraña. Va usted demasiado aprisa. Yo no le conozco.

–Es verdad. Soy demasiado impetuoso, es insoportable. Nunca me había comportado así, no me reconozco.

Quedaron para tomar una copa. Claude fue divertido y amable. Dominique pensó que lo había juzgado mal. Era un chico agradable.

Cada noche, él la citaba en un lugar distinto. La joven se dio cuenta de que esperaba aquel momento con ilusión.

El sábado siguiente, telefoneó a su madre para preguntarle si podía llevar a alguien al almuerzo del domingo.

–Claro que sí –respondió disimulando su emoción.

Por la tarde, Dominique le anunció a Claude que sus padres le invitaban al día siguiente. El joven manifestó un gran entusiasmo y se lo agradeció.

–¿En adelante puedo tutearte?

–Sí, es más natural –convino ella.

Llegó a casa de sus padres antes de lo habitual con la intención de echarles una mano. Claude llegó a las doce y media con un magnífico ramo de flores. La joven se encargó de ponerlo en agua mientras el invitado se instalaba en el salón. Cuando se reunió con ellos, supo que había superado la prueba con nota.

El joven conversaba con encanto y naturalidad, hizo honor a los platos, tuvo muchos momentos de distracción en los que observaba a Dominique, hizo cumplidos a la anfitriona sin excederse y se retiró después del café.

Por la noche, y por primera vez, el padre telefoneó a su hija:

–Este chico está muy bien. Me alegro mucho por ti.

–Gracias, papá.

–Te paso a tu madre.

–¿Qué tal, mamá?

–Claude es maravilloso, querida. Te quiere. Es serio. Y es guapo.

Aquel último comentario sorprendió a la joven. En primer lugar porque su madre no solía decir ese tipo de cosas. Y luego porque ella no se lo había planteado. ¿Era guapo Claude? Se esforzó por determinar si era así y tuvo que admitir que sí. ¿Tan insensible era a la belleza para no haberse dado cuenta de la de Claude? ¿Qué le había impedido percibirla?

Recordó algunos coqueteos que había tenido hasta entonces y no lo comprendió. Entonces no tenía nada que ver con la persona timorata en la que se había convertido. ¿Qué era lo que no le gustaba de aquel hombre? Tampoco se había enamorado de los otros, pero eso no la había molestado.

Sí, pero ahora, precisamente, tenía que estarlo. Claude quería casarse con ella, y la amaba. Reunía todas las cualidades con las que había soñado y sin embargo se sentía angustiada al estar junto a él.

¿Con quién podía hablar de ello? Nunca se había confiado a sus amigos sobre este tipo de cosas, habría sido incapaz de hacerlo. ¿Tenía algún sentido hablarlo con el mismo predador?

–Hola, ¿Claude?

–Querida, iba a llamarte. Tus padres son un encanto.

–Te quieren mucho.

–¿De verdad? ¡Qué bien!

–Mamá dice que eres guapo.

Él se rió.

–Tu madre es demasiado benévola.

–Claude...

–Dime. ¿Qué ocurre?

Bloqueo. Las palabras permanecían bloqueadas en el fondo de su garganta.

–¿Hay algún problema, Dominique?

Al oír su nombre pronunciado por aquella voz, su miedo se multiplicó.

–¿Quieres que vaya?

–No.

–Lástima. Mañana por la mañana me voy a París. No nos veremos en toda la semana.

–¿Es por tu trabajo?

–Sí, tengo que resolver unos asuntos importantes. Te echaré de menos.

Él se mostró amable y comprensivo. Cuando colgó, ella se puso a llorar. ¿Acaso estaba loca por tener reticencias respecto a un chico tan amable? Al mismo tiempo, tuvo que confesarse a sí misma que aquella semana de separación la tranquilizaba. Podría respirar un poco.

El domingo siguiente, sus padres le preguntaron por Claude. Ella respondió con las banalidades a las que se suele recurrir en estos casos.

Durante el paseo, Dominique se acercó a su madre y, haciendo acopio de un inmenso valor, se atrevió a sincerarse con ella:

–Mamá, no estoy enamorada de ese hombre.

–¿Y qué quiere decir estar enamorada?

–No lo sé. ¿Tú no estabas enamorada de papá?

–Sí. Pero no me hacía tantas preguntas, hija mía.

–¿Crees que me hago demasiadas preguntas?

–Sí.

–Pero tú no tuviste que dejar tu ciudad. Claude quiere que me vaya con él a París. ¿Te das cuenta?

–Si tu vida está en París, me parece bien.

Silencio.

–¿Qué pasaría si no me casara con él?

–Te lo reprocharías eternamente.

Ella suspiró.

–No te preocupes, Dominique. Ten confianza –le dijo su madre mientras la abrazaba.

Confianza: sí, esa era la palabra clave. ¿Por qué no iba a tener confianza en Claude? Su madre, que era una mujer más bien circunspecta, confiaba en él.

–¿Cuándo volverás a verle?

–Mañana por la noche.

–Todo se arreglará. Estar separados es lo que no te sienta bien.

Antes de tomar su tren, Claude fue a una tienda de perfumes, en los Campos Elíseos.

–Buenos días, señorita. Quisiera hacerle un regalo a mi novia.

- ¿Un perfume?
- Sí. No sé cuál elegir.
- ¿Qué gustos tiene su novia?
- Eso a usted no le importa.
- Solo intento ayudarle.
- Quiero un perfume que impresione a una mujer.

La dependienta se puso tensa. Observó a aquel joven, con su traje y su corbata rebosantes de seguridad. «¡Y pensar que hay una pobre chica a punto de caer en la red de semejante zopenco! Enviémosle un mensaje fuerte, a ver si así logra abrirle los ojos a esa desgraciada.» Adoptó una expresión perentoria y dijo:

- Chanel nº 5.
 - ¿No es un poco demasiado clásico?
 - Ah, señor, es EL clásico. Deslumbrará a su novia.
- La vendedora lo envolvió del modo más pomposo posible.

En 1970, el tren tardaba más de cinco horas y media en llegar a Brest. Hacia las seis de la tarde, Claude se citó con Dominique.

- Se ha hecho largo, sin ti.
- Sí -dijo ella, consciente de lo que escondía la pobreza de aquel comentario.
- ¿Qué tal tu semana?
- Sin novedades destacadas. ¿Y la tuya?
- Estamos progresando mucho.

Él le contó varias cosas que ella escuchó haciendo un esfuerzo, ya que le costaba interesarse por ellas.

- En el momento de marcharse, Claude sacó un paquete de su maletín.
- Te he traído un regalo.
- ¿Qué es?
- Ya lo verás.

Una vez sola, Dominique cogió el paquete. Le dio apuro estropear un envoltorio tan espléndido. Sobre el papel, una etiqueta indicaba una dirección de los Campos Elíseos y la joven no pudo evitar sentirse impresionada.

Chanel nº 5: sabía que existía y nada más. Nunca le habían regalado un perfume. En cuanto a la idea de comprarse uno, ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Claude tenía que estar loco para regalarle algo así.

Abandonó el café, esperando que nadie la hubiera visto en una situación tan incómoda.

Una vez en casa, se encerró en el cuarto de baño y se atrevió a sacar el frasco de su correspondiente caja. El objeto le pareció de una belleza sin parangón. Era el modelo original, sin vaporizador. Quitó el tapón e inspiró: el aroma la dejó demasiado profundamente atónita como para saber si le gustaba o no.

En la oficina, una de sus colegas le había comentado que para determinar si un perfume está hecho para ti antes tienes que ponértelo. Que el aroma cambia en función de los individuos. Dominique se desnudó del todo, se sentó en el borde de la bañera y cogió el frasco. Procedió como lo había visto hacer en las películas: impregnó el tapón dándole la vuelta al frasco y luego acarició con él la parte interior de su muñeca. A continuación, acercó la nariz a su piel

metamorfoseada por la unción: lo que experimentó en aquel momento superó todas las emociones vividas hasta entonces. Si se hubiera visto obligada a expresar lo que sentía con palabras, habría dicho que aquello olía a reina de otro mundo, a elegancia en grado sumo, a encarnación absoluta de la belleza y al beso de sus sueños, tan distinto a los laboriosos besos que aceptaba recibir de Claude. Pero en la intimidad del cuarto de baño, no se sentía obligada a expresar nada con palabras y se limitó a gemir de placer.

Le dio de nuevo la vuelta al frasco e impregnó más generosamente la parte interior de su muñeca. Esta vez el efecto subió como una flecha hasta su cerebro y se puso a temblar. El dios del perfume la abrazó, la vieja astucia del cuero de Rusia se activó y la joven comprendió que su piel se había convertido en el territorio de un placer sin límites. Se vio a sí misma desnuda en el espejo y supo que era hermosa. Apartando inmediatamente la mirada, se preguntó si Claude la deseaba y el embrujo aromático respondió con autoridad que no podía dudarle ni un segundo.

Fue entonces cuando hizo algo inimaginable: volvió a impregnar el tapón y unció sin medida la parte alta de su cuello mientras observaba su gesto en el espejo. Una gota de perfume se deslizó sobre su pecho y la sensación de embriaguez se propagó a todo su cuerpo.

A los veinticinco años, Dominique solo conocía el agua de Colonia, que no le gustaba demasiado. Al regalarle Chanel nº 5, al elegir para ella aquel suntuoso perfume, Claude le estaba declarando su pasión a lo grande. El milagroso aroma envolvió su trastorno y ella dijo en voz alta:

–Le amo.

Al oírse pronunciar aquellas palabras, se preguntó a quién se estaría refiriendo. Le respondió a su reflejo:

–Amo a Claude. Claude, te amo.

Se estremeció de la cabeza a los pies. Así que era eso. El espíritu del perfume la había liberado de sus miedos. Claude sería el príncipe que la liberaría del hechizo que la tenía encarcelada. ¿Qué genio le había hecho saber que el Chanel nº 5 era la clave de su alma? Dominique no lo sabía, pero se lo agradecía de todo corazón.

Sí, se casaría con él. Viviría con él. Iría a vivir en la ciudad de aquel perfume.

Al día siguiente, en el trabajo, una de sus colegas le comentó que la notaba extraña. Por primera vez, Dominique le comentó lo que le ocurría:

–Mi novio me ha regalado Chanel nº 5.

Christelle estalló en una carcajada y luego comentó:

–A tu novio no le dan miedo los clichés, ¿verdad?

Dominique la odió por ello y atribuyó su reacción a la envidia. ¡Cuánta razón había tenido de no confiarse nunca antes! No volvería a pillarla en falso. ¡Y cuántas ganas tenía de marcharse de aquel pueblucho y abandonar su estrechez de mente! En París, estaba segura, no existían este tipo de mezquindades.

Por la noche, antes de su cita, se puso un poco del perfume que había decidido su destino. Claude había olvidado el regalo por completo y le pareció que olía raro, pero no tuvo tiempo para comentárselo. Con solemnidad, Dominique declaró mirándole a los ojos:

–Acepto convertirme en tu esposa.

Se dio cuenta del pasmo de felicidad del joven, que preguntó:

–¿Qué te ha hecho decidirte?

–El Chanel nº 5.

«Me equivoqué con aquella vendedora. ¡Una gran profesional!», pensó él.
–Querida, ¡soy el hombre más feliz del mundo! Casémonos lo antes posible.
–¿Por qué tienes tanta prisa?
–No quiero que cambies de opinión.
Ella se rió. ¡Cómo lo amaba!

La boda fue fácil de organizar. Claude ya no tenía padres y ambos jóvenes apenas tenían amigos. Sin remordimientos, Dominique lo dejó todo en sus manos.

El matrimonio se instaló en París, en un piso de la rue Étienne-Marcel.

–No estaremos aquí mucho tiempo –declaró Claude–. No es lo bastante chic.

Dominique no se atrevió a decir que le encantaba aquel barrio, vital y simpático. El centro de París era un hervidero de energía. Mientras su marido estaba en el trabajo, ella paseaba por sus calles y le maravillaba la cantidad de tiendas de ropa y comercios en general. Incluso las obras de Les Halles le resultaban fascinantes.

No tenía dinero para comprar nuevos vestidos, pero se impregnaba el cuello con una pincelada de su perfume. Entonces se sentía particularmente hermosa y paseaba hasta los jardines del Palais-Royal, cuyo esplendor la dejaba sin aliento.

Por la noche, Claude siempre volvía a casa muy preocupado. Dominique lo entendía. Crear aquella filial debía resultar angustiante, los desafíos eran colosales. Lo que le contaba la entusiasmaba:

–¡Qué buenas noticias, querido! Lo estás haciendo muy bien.

Él nunca parecía contento. Su esposa le llamó la atención al respecto.

–Me exigen mucho –respondió.

Ella sonrió, orgullosa de él.

Una noche de 1971 él llegó a casa más abatido que de costumbre.

–¿Qué ocurre?

Se mantuvo en silencio durante largo rato. Ella empezaba a preocuparse cuando él dijo:

–¡Sigues sin quedarte embarazada!

Ella se rió, aliviada.

–No es gracioso –prosiguió él.

–¡Amor mío, ni siquiera llevamos un año casados!

–Quiero un hijo tuyo.

–Yo también.

«¿Es normal que todavía no estés embarazada?», le decía a partir de entonces después de hacer el amor.

Aquel «todavía» le pesaba. La joven consultó con un ginecólogo, que la tranquilizó: estaba perfectamente, no había que temer ninguna esterilidad por su parte. Cuando le comunicó el diagnóstico a su marido, él pareció aliviado. Le hizo el amor con ardor, ella se convenció de que disfrutaba haciéndolo.

Terrage París, como la llamaba él, no tardó en prosperar. Las cifras impresionaban a Brest.

Claude pudo contratar a varias personas. La sede de la compañía se trasladó de Saint-Ouen a Batignolles. El marido le explicó a su esposa que, psicológicamente, eso era importante:

–Terrage París ya no está situado en el lado malo del cinturón periférico. A partir de ahora la empresa merece llamarse como se llama.

–¡Bravo, querido!

La felicidad no era total: ella no tenía noticias tan buenas como él. Cada mes, al comprobar que no estaba embarazada, se sentía avergonzada.

Un día, hizo acopio de valor para decirle a Claude lo que le había confiado el ginecólogo: el problema podía venir de él. Por un instante, observó un destello de odio en su mirada. Después de un silencio, él declaró:

–Lo consultaré con un médico, para salir de dudas.

Unos días más tarde, le dieron los resultados, que anunció con desdén:

–¡Apto para el servicio!

Dominique se consoló como pudo. El odio está cerca del amor. ¿Acaso no había manifestado una duda sobre lo que los hombres consideraban con tanto orgullo? Eso no quita que por primera vez lamentara no tener una amiga que pudiera hacerle de paño de lágrimas.

1972. 1973. Su vida se estaba convirtiendo en una pesadilla. Un día, se le ocurrió sugerirle a su marido la adopción:

–Podríamos ser prioritarios, reunimos las mejores condiciones para acoger a un pequeño vietnamita...

–No sigas. Quiero un hijo tuyo. ¿Está claro?

«Quiero un hijo tuyo»: ¿acaso era eso una declaración de amor? Parecía que sí. Y sin embargo Claude se había expresado con una saña que la había asustado.

Le hacía el amor cada noche. No era ese el verbo que utilizaba ella en su cabeza, hasta ese punto la actividad se había convertido en algo penoso: solo se trataba de dejarla preñada, ella lo sabía muy bien.

Su vientre pasó a inspirarle auténtico terror: se esperaba de él una dinastía que se negaba a producir. Sin saberlo, estaba viviendo las mismas angustias que María Antonieta en los primeros tiempos de su matrimonio.

Fue entonces cuando Claude decretó que estaba demasiado delgada y que eso le impedía ser fértil.

–No es lo que ha dicho el médico –protestó ella–. Siempre he sido delgada por naturaleza, es una de las cosas que te gustaron de mí.

Él criticó su manera de alimentarse, le ordenó comer alimentos más ricos, la vigiló en la mesa con desconfianza. Dominique pensó que si eso seguía así, lo acabaría odiando.

Principios de 1974, cuando estaba fregando los platos, se desmayó. Cuando volvió en sí, Claude y el médico estaban a su lado.

–Querida, estás embarazada.

¡Cuánto tiempo hacía que su marido no la había llamado así! Eso la conmovió todavía más que la buena noticia.

–Enhorabuena, señora –añadió el médico–. Pero la veo más frágil de lo que esperaba. Deberá

guardar reposo y permanecer en la cama durante todo el embarazo. De no ser así, se arriesga a perder al niño.

–Soy tan feliz –respondió ella, indiferente a ese diagnóstico.

–Pienso mimarte –le dijo su marido con ternura.

Los meses que siguieron dejaron en Dominique impresiones encontradas. Claude estaba más presente y era más amable que nunca, sin que eso lograra tranquilizarla. Ella sentía dolores terribles que la hacían gritar. El doctor no entendía nada. Ella era la única que sospechaba que aquellos sufrimientos expresaban los dos años de ansiedad lacerante que estaba empezando a superar. En su fuero interno, una voz le decía: «¡Nunca más!»

Sin embargo, estaba segura de querer a su hijo. Sentía potentes impulsos de amor por él.

–¿Qué preferirías, niño o niña? –le preguntó a su marido.

–Las dos cosas me van bien.

Miró con felicidad a ese hombre que se había vuelto tan amable y se rió.

–¿De qué te ríes?

–Los dos tenemos una característica en común. Nuestros nombres no especifican cuál es nuestro sexo.

–Sí. Llevamos nombres epicenos.

–¿Epicenos? No conocía esta palabra.

–Ben Jonson, un famoso contemporáneo de Shakespeare, tituló así una de sus obras. Lo convierte en el nombre de la mujer perfecta.

Se guardó muy mucho de señalar la extrema ironía de Ben Jonson en aquella elección.

–Es extraordinario –dijo Dominique–. Supongo que Épicène es un nombre epiceno.

–Es el nombre más epiceno que existe.

–¿Y si llamáramos así a nuestro hijo, ya sea niño o niña?

–¿Por qué no?

Aquella conversación fue uno de los momentos más deliciosos de su embarazo. En cuanto al resto, la pobre sufrió tormentos inenarrables, tanto físicos como anímicos. El médico, incapaz de identificar qué tenía, le aseguró que se trataba de crisis de tetania.

–También se denomina espasmofilia. Terrible de pasar pero sin ningún peligro. Coja una bolsa de papel y respire en su interior: eso la ayudará.

Tomó nota. Por más que Dominique siguiera esa prescripción al pie de la letra, no experimentaba ningún alivio. Cuanto más se acercaba la fecha, más intensas y frecuentes eran las crisis. Le daba miedo que el niño se resintiera de sus dolores y esa aprensión aumentaba los síntomas misteriosos.

El parto, previsto para el 20 de septiembre, tuvo lugar el 9 de ese mes. Fueron veintitrés horas de un insuperable sufrimiento. La madre y el niño estuvieron a punto de morir. Finalmente se procedió a una cesárea, que salvó *in extremis* a Dominique y a Épicène. Eran las 23.54 horas.

–Es una niña, señora.

La madre vio al minúsculo bebé antes de caer en un sueño profundo. Mientras dormía, fueron a buscar a Claude para darle la buena noticia. Fue a ver a Épicène y su mandíbula enseguida se puso tensa.

Dominique tardó una semana en recuperarse un poco. Pero entre ella y su hija, la historia de amor fue inmediata. Cuando la tenía entre sus brazos, todo lo demás dejaba de existir.

Claude la llamó por teléfono:

–He ido al ayuntamiento a registrar el nacimiento de Épicène. Al principio el empleado ha rechazado el nombre. Le he explicado que procedía de Ben Jonson, no le ha importado. Entonces he atribuido la obra a Shakespeare y sí ha colado.

–¿Cuándo vendrás a vernos, querido?

–Por ahora tengo demasiado trabajo, descansad.

Cuando madre e hija regresaron a su casa, la ausencia del padre resultó cada vez más chocante. Dominique le encontraba más que distante con la pequeña. «Con lo que deseaba tener esa hija y ahora que la tiene, la ignora», pensaba. Se repetía a sí misma que los hombres raramente se interesan por los bebés y que todo cambiaría cuando Épicène creciera. La niña era de buen conformar: apenas lloraba, dormía por las noches, tomaba el biberón sin rechistar y a su madre solo le dedicaba sonrisas.

–¿Has visto cómo se parece a nosotros? –le dijo la esposa a su marido–. Tiene tanto de ti como de mí. ¡No podemos negar que es nuestra!

Claude respondió con una mueca de hostilidad. A Dominique le pareció que él escrutaba el rostro del bebé buscando algo diferente –algo que manifiestamente no existía– y le dio la impresión de que la mandíbula de su esposo se tensaba. Ella se estremeció. «Tengo demasiada imaginación», concluyó.

–¿No quieres cogerla?

–No. Me siento demasiado torpe.

Aquello apestaba a excusa fácil.

Una nueva vida empezó, de la que Claude se excluyó voluntariamente. Madre e hija se convirtieron en todo la una para la otra. Dominique paseaba a la pequeña en su cochecito, iba a los jardines del Palais-Royal, se instalaba en un banco, sentaba a la niña sobre sus rodillas y le enseñaba el mundo.

Los paseantes se enternecían con el espectáculo de una maternidad tan feliz. La joven se preguntaba por qué cualquier desconocido miraba a Épicène con más afecto que su propio padre.

En el apartamento, jugaban juntas durante horas. La pequeña era excepcionalmente despierta, lo entendía todo y se echaba a reír a la menor ocasión.

–Tú sí que eres feliz –decía Dominique.

Cuando Claude volvía del trabajo, Épicène le tendía los brazos entre balbuceos.

–Tu hija te reclama –traducía la esposa.

–Eres muy amable, pero no tengo tiempo.

Dominique se preguntaba a quién iba dirigido aquel «Eres muy amable».

La pequeña no tardó en dar sus primeros pasos. Mientras, sentado en el sofá, Claude consultaba sus expedientes, la madre, emboscada tras la puerta, le susurró al oído a la niña:

–Ve andando hasta donde está papá.

Con el coraje de un soldado, Épicène puso un pie delante del otro y, al llegar frente a su padre, gritó de alegría mientras se aplaudía a sí misma.

–¿No ves que estoy ocupado? –le dijo él a la criatura en un tono áspero.

–¡Pero si está andando! –protestó Dominique.

–Bravo, muy bien –dijo él como si la conminara a dejarlo en paz.

Aquella misma noche, Claude le comunicó a su esposa que deseaba tener otro hijo.

–Ni hablar –dijo ella.

–¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? ¿Acaso no te acuerdas de todo lo que he sufrido? Nunca más viviré semejante dolor.

Se abstuvo de añadir que, en vista de la ausencia de fibra paternal, todavía tenía menos motivos para volver a arriesgarse a morir. Él entendió que su decisión era irrevocable.

Más tarde, ella reflexionó sobre la incomprensible petición de su marido. Era evidente que no quería a su hija. ¿Sentía celos de ella? No lo parecía. Podría haberlos sentido si Dominique le hubiera manifestado menos amor. Pero era él el que se mostraba menos tierno que nunca.

Parecía sentirse decepcionado con Épicène. Un día, ella le preguntó si habría preferido tener un niño.

–En absoluto –dijo él.

Era evidente que no mentía. «¿Entonces por qué puede sentirse decepcionado con nuestra hija?», se preguntaba. Épicène tenía todas las cualidades que uno podía soñar para su hijo: afectuosa, hermosa, inteligente, despierta, alegre. «Si no la quiere, no querrá a ningún hijo que podamos tener», comprendió ella.

Dominique pensaba a menudo en el joven amable del que se había enamorado cuatro años antes. ¿Qué había podido ocurrirle para cambiar tanto? Estaba convencida de que la metamorfosis tenía su origen en el trabajo: tantas responsabilidades, tantas tensiones, con el broche final de un éxito profesional prodigioso. «No hay nada de lo que arrepentirse», pensaba ella. «Hay que celebrar su éxito, del que se siente tan orgulloso, cueste lo que cueste. Él ha querido todo eso y me ha elegido a mí para estar a su lado.»

A veces se aislaba con el frasco de Chanel nº 5, que ya no se atrevía a ponerse. Olía el perfume de los tiempos en los que el amor la embriagaba.

A los cinco años Épicène supo que no amaba a su padre. No fue una revelación sino más bien la primera formulación de una verdad que había nacido en su interior uno o dos años antes.

Lo que le puso la mosca detrás de la oreja fue, como solía ocurrir cuando se trataba de un descubrimiento intelectual, una conversación con su madre. Esta iba a recogerla cada día a la guardería y regresaban juntas andando y charlando. Mamá le preguntaba qué había hecho y la pequeña le hablaba de los dibujos, las pegatinas, las canciones y los juegos. La charla siempre acababa con la siguiente pregunta de Épicène:

–¿Papá está en casa?

–No.

Aquella respuesta provocaba invariablemente en la niña una satisfacción que disimulaba. Sentía que habría resultado maleducado manifestar su alegría. Pero se recreaba ante la idea de que en el apartamento reinaría la dulce tranquilidad del mundo sin papá.

Dominique la malinterpretó, al percibir tristeza en la simulada actitud de su hija. Un día, consideró necesario darle una explicación:

–Tienes que comprender que papá trabaja. Ha conseguido crear una empresa fantástica, que da trabajo a muchas personas. No hay que tenerle en cuenta que no pueda disponer de más tiempo para jugar contigo.

¿Mamá se engañaba a sí misma? Parecía que sí. La dejaría con su ilusión.

Ya que, en fin, ¿cómo podría haber lamentado Épicène no pasar más tiempo con aquel hombre irascible, que solo abría la boca para soltar comentarios desagradables? Recordaba una época lejana en la que la presencia de su padre todavía le provocaba algunas expectativas: cuando él

acabara con sus ocupaciones, la cogería entre sus brazos, le sonreiría. Hasta que un día comprendió que sus expectativas eran infundadas y no sintió ninguna pena por ello. Aquel personaje no quería saber nada de ella y ella tampoco quería saber nada de él.

Por suerte, él nunca estaba en casa o muy poco. Mamá ocupaba un lugar colosal, era omnipresente, hermosa y buena, ella la adoraba. El mundo estaba bien.

Una tarde, mientras regresaban juntas de la escuela, mamá adoptó una expresión feliz al anunciarle:

–Te vas a poner contenta, querida. ¡Papá está en casa!

–¿No está en el trabajo? –preguntó la niña.

–No, están pintando su despacho, así que se ha traído sus papeles a casa. ¿Te hace ilusión?

–Mucha.

Era la primera vez que mentir le costaba tanto. Mamá ni siquiera se dio cuenta.

Mientras Épicène merendaba en la cocina, intentó ignorar la voz de su padre, que hablaba con alguien por teléfono, en el salón. Por desgracia, le resultó imposible no fijarse en que había abandonado su tono habitual para dirigirse al desconocido: qué encanto, qué calidez, cuántas carcajadas, ¡hay que ver cómo quería papá a ese Gérard!

–Espero que nos veamos pronto, Gérard. Recuerdos a Patricia. Adiós, que tengas un buen día.

Y colgó.

–Querido, ya hemos llegado –dijo mamá.

Ninguna respuesta.

De repente, Épicène vio aparecer a su padre frente a ella. La miró con tanta contrariedad que le costó no atragantarse con su galleta BN. Sintiendo que su presencia resultaba molesta, ella se fue corriendo a su habitación y cerró la puerta. Se sentó sobre su cama y, en su cabeza, oyó una voz interior que le decía:

–No quiero a mi papá.

Saberlo era una cosa pero formularlo lo cambiaba todo. Pese a la calma y la falta de sorpresa, las palabras producían un efecto considerable. La revelación accedía a una realidad superior, se convertía en un monumento de la mente. «No quiero a mi papá.» Incluso el sonido grotesco – mipapá– determinaba la enormidad de la constatación.

En adelante, la vida sería diferente. Aunque Épicène no sentía vergüenza alguna, supo que debería guardar para sí misma ese mipapá, como un dogma que el mundo no estaba preparado para asimilar. ¿Por qué tener remordimientos por no querer a alguien que tampoco la quería? La cuestión no merecía darle más vueltas.

Curiosamente, mamá sí quería a papá. Ella no se lo había dicho pero se le notaba, se sentía, se escuchaba. Para dirigirse a papá, mamá utilizaba una voz llena de deferencia, una mirada intensa y unos gestos cuidados. Papá no se daba cuenta de todo eso, y no compartía su perturbación. Si Épicène hubiera tenido que definir el sentimiento de su padre hacia su madre, habría dicho que la soportaba, a condición de que hablara poco y que existiera lo menos posible.

¿Y él, la soportaba a ella? Está claro que no. En las raras ocasiones en que le dirigía la palabra era para decirle: «¡Eres insoportable!»

Épicène era insoportable cuando jugaba en el salón, cuando cantaba en su habitación, cuando no

comía, cuando comía, cuando manifestaba su entusiasmo.

Mamá no se atrevía a defender a su hija. Esperaba a que papá se hubiera marchado y entonces le decía: «Papá está nervioso por el trabajo.»

O: «Papá está cansado.»

La niña se resignaba. Le hubiera gustado responderle a su madre que no tenía importancia. Teniendo en cuenta lo que le preocupaba aquel personaje, podría decirle cualquier cosa. Si no le respondía en el mismo tono era porque sentía que habría ofendido a mamá.

Se preguntaba si todos los hombres se parecían a su padre. Cuando inició el bachillerato tuvo una amiga llamada Samia, la única de la clase que no se ponía a gritar con espantosa hilaridad cada vez que oía su nombre. Samia la invitó a dormir a su casa.

Fue una experiencia asombrosa. En casa de Samia todo era distinto. Tenía innumerables hermanos y hermanas. En su casa había tanta gente que tardó en identificar a sus padres. La madre de Samia preparaba constantemente un delicioso té, muy dulce. En cuanto a su padre, cogía a su hija en brazos y la besaba con palabras de afecto continuamente. Y luego le decía:

—Tú debes de ser Épicène, la amiga de mi hija. Estás en tu casa.

Aquel hombre era tan caluroso y amable como papá era frío y odioso. Además, en casa de Samia había muchos hombres, todos tan diferentes de papá como se pueda imaginar. Épicène ya tenía su respuesta: no, en general los hombres no tenían nada que ver con su padre.

¿Por qué no tenía ella, igual que Samia, hermanos y hermanas? Se lo preguntó a mamá, que pareció terriblemente incómoda y que, tras pensarlo mucho, le dijo:

—Es complicado. ¿A ti te habría gustado tener una hermana o un hermano?

—No.

Mamá pareció aliviada, que era el objetivo de la pequeña. Había mentido, por supuesto. Cuando Samia le hablaba de sus hermanos, cuando la veía entre aquella tribu de niños, aquello le parecía formidable.

Detrás de aquel misterio debía de estar papá.

Épicène demostró ser una alumna excelente. Mamá celebraba sus notas con admiración.

—¿Has visto las notas de nuestra hija, Claude?

Exasperado, papá las firmaba diciendo:

—Está bien, tampoco es el doctorado.

La niña fue a consultar en el diccionario la entrada «doctorado».

A veces sus padres salían. Papá siempre le daba instrucciones a mamá:

—Si te preguntan por nuestra dirección, dices que vivimos cerca de la place des Victoires, ¿de acuerdo?

Épicène se quedó pensando. Geográficamente, nada era más cierto. ¿Entonces por qué sentía que el comentario era desagradable? ¿Cómo preguntárselo a su madre sin herirla?

Tenía ocho años cuando le preguntó a mamá por qué tenía que mencionar la cercanía de la place des Victoires.

—Porqué es un barrio chic —respondió sonriendo con cierto apuro.

La pequeña comprendió en el acto lo poco chic que era la rue Étienne-Marcel. La place des Victoires deslumbraba por su elegancia y belleza clásica, contrariamente a su simpática calle comercial. Así que papá se avergonzaba del lugar en el que vivían. Le pareció ridículo.

A Épicène le gustaba la rue Étienne-Marcel. Era allí donde estaban la escuela, su casa, la panadería. Su vida le parecía perfecta. Y tener una única amiga le parecía ideal, ya que se trataba de Samia. Mamá era maravillosa, bastaba con ignorar a papá. La niña era una virtuosa en esa disciplina, que consistía en, por la mañana, decir: «Buenos días, Papá» (hacer que sonara la mayúscula), y en adaptar la misma fórmula en función de la hora de reaparición del individuo indeseable, sin añadir en el tono ni una pizca de ironía, y fingiendo no darse cuenta de que jamás recibía ninguna respuesta a semejante cortesía.

Mamá parecía preocupada por aquella frialdad del padre con su hija. A Épicène le habría gustado tranquilizarla confiándole la naturaleza de su pensamiento, a saber: que podía prescindir perfectamente de la atención paterna, pero sentía que este tipo de comentarios la habrían impactado.

Todo el mundo estaba de acuerdo en afirmar la importancia del padre. Samia le contaba a su amiga que su padre era el único hombre al que quería de verdad porque era infinitamente superior a los demás. Mamá evocaba a menudo a su padre con tristeza, contándole a su hija cuánto lamentaba que no hubiera conocido a un hombre tan prodigioso. Épicène escuchaba aquellas consideraciones con perplejidad, evitando juzgarlas, pero constatando que por su parte ni siquiera estaba decepcionada con su padre. «No espero nada de él», concluía.

Si su madre no la hubiera querido, habría preferido morir. ¿Su padre no la quería? Ella le pagaba con la misma moneda, y punto. Su cinismo secreto iba aún más lejos. Sabía que era él el encargado de atender sus necesidades materiales, que se dedicaba a ello; a menudo, cuando la presencia de su padre le pesaba, lo miraba pensando: «¡Danos todo tu dinero y lárgate!»

Los padres dejaron enseguida de contratar a una canguro cuando salían. «Nuestra hija se porta tan bien que podemos dejarla sola», decía mamá. «Ni siquiera tiene la suficiente imaginación para hacer una tontería», comentaba papá.

«Tienes razón, papá, yo nunca hago tonterías. Estoy demasiado ocupada contándome cosas terribles sobre ti para eso», pensaba Épicène. Se acostaba temprano para poder retomar interiormente su relato preferido: aquel en el que a su padre lo atropellaba un camión al cruzar la calle y en el que un compungido agente de policía acudía a anunciarle a mamá que papá había fallecido y que en su maleta habían descubierto fajos de billetes suficientes para toda la vida. Su momento preferido de la historia era aquel en el que, llorando, se abrazaba a su madre y la consolaba diciéndole: «A partir de ahora, mamá, yo me ocuparé de ti. Te voy a hacer muy feliz, ya lo verás.» Escondía entonces la maleta en su habitación e iba sacando con regularidad el dinero suficiente para invitar a su madre al restaurante o comprarle ropa bonita.

Un día oyó la siguiente conversación entre sus padres:

–Tendremos que mudarnos antes de que empiece el colegio.

–Lo pasará mal. Adora a Samia, no querrá marcharse.

–Eso son chiquilladas, Dominique. Cuando vivamos en la orilla izquierda, tendrá otras amistades y se olvidará de Samia.

Su corazón se quedó helado.

Al día siguiente, al llegar a clase, se abrazó a Samia y la apretó entre sus brazos.

–Nunca te olvidaré, Samia.

–¿Has visto una película mala por la tele o qué? ¿Qué te pasa?

–Solo quería decirte que siempre te querré.

–Yo también, Épicène. Deja de hablar como si estuvieras a punto de llorar, es ridículo.

La pequeña se dio cuenta de que nunca había cruzado el Sena. Le preguntó a su madre por qué tenían que vivir en la otra orilla. Mamá adoptó la misma expresión de apuro que cuando le preguntó por la place des Victoires antes de decirle:

–Porque es chic.

–¿Y por qué es tan importante?

–A tu padre le gusta lo chic, quiere que vivamos en un lugar chic.

–Podríamos mudarnos a la place des Victoires.

–No es suficiente. En la orilla izquierda, todo es chic.

Su madre ya no iba a recogerla a la escuela, al considerar que ya podía volver sola. Épicène fue andando hasta el Sena y contempló la otra orilla con hostilidad.

«Ojalá nunca cumpliera once años», pensó.

Tenía nueve. El tiempo de la infancia se rige por otras leyes. Su densidad solo puede compararse con su sentido trágico. En el umbral de dos años de profunda felicidad, Épicène sabía que iba a vivir cada minuto con embriaguez. Lo que pudiera ocurrir a partir de entonces le resultaba tan inimaginable como la muerte.

En séptimo curso, la maestra solía acabar la jornada leyendo en voz alta un libro sobre mitología. A los alumnos les gustaban aquellas historias extrañas y deliberadamente grotescas sobre los dioses.

Una tarde, leyó el capítulo dedicado a los Infiernos. Para llegar a ellos, era necesario cruzar un río terrible y sin retorno. En la otra orilla empezaba el territorio habitado por los difuntos. Aquella historia impresionó a Épicène.

–Un único ser vivo logró cruzar aquel río. Le fue concedido ese derecho porque era poeta y porque estaba locamente enamorado. La divinidad le había dicho que podía recuperar a su amada de los Infiernos a condición de no volverse para mirarla. Pero él no pudo evitarlo y la muerte alcanzó a su amada para siempre.

Épicène le preguntó a Samia si alguna vez había cruzado el Sena.

–¿Qué tiene que ver eso con Orfeo y Eurídice? –le preguntó su mejor amiga.

–Cuando cumpla once años, nos mudaremos a la orilla izquierda.

Samia agachó la cabeza, como si se hiciera cargo de la gravedad de la situación. Al acabar las clases, las dos chiquillas rodearon el Louvre para mirar el río.

–El otro lado no parece tan distinto –dijo Samia–. Yo vendré a visitarte. No cambiaré nada entre nosotras.

Sin embargo, Épicène se dio cuenta de que Samia no había respondido a su primera pregunta. Cruzar el Sena seguía siendo una prueba iniciática.

Se documentó sobre Orfeo. Poeta, en su tiempo –¿cuál?, resultaba difícil saberlo–, no significaba lo mismo que hoy. Un poeta cantaba sus poemas acompañado por su lira. Así las

memorizaba sin necesidad de escribirlas. Esa era la razón por la cual los niños de aquella época no tenían que aprender de memoria poemas y recitarlos con un aire torpe ante el resto de la clase. El poeta era simultáneamente el poema, la música y el texto. Para pasar a la posteridad, tenía que conocer a otro poeta y ese debía transmitir su arte por contagio. La poesía de éxito tenía mucho que ver con una epidemia. El mal poeta solo creaba un virus inofensivo, no contagiaba a nadie.

Resultaba interesante, pero ¿cómo convertirse en un Orfeo moderno? ¿Qué equivalentes podía encontrar de una práctica tan especial?

–¡Pero si ya te he dicho que Orfeo soy yo! –le repetía Samia.

–Tú eres un desastre recitando.

–Orfeo odiaba recitar.

En junio, Claude compró un apartamento situado en la rue de Bourgogne, en el distrito 7. La mudanza tendría lugar en verano. La nueva vida empezaría en septiembre.

Él acudió a la escuela de la rue Étienne-Marcel para recoger el expediente escolar de su hija. Cruzó el patio en el que los niños se dedicaban a sus juegos. El azar quiso que se tropezara con Épicène y Samia, que estaban practicando el hula hoop. Se detuvo un instante y le dirigió a su hija una mirada de odio que dejó clavada a la pequeña. Y luego prosiguió su camino.

Aquellos breves instantes no pasaron desapercibidos para Samia.

–¿Quién es ese tío? –preguntó.

–Mi padre.

–¿Tu padre?

Épicène apreció incredulidad e indignación en los ojos de su amiga. Fue consciente de que había llegado un momento importante: tenía que hablar con Samia, tenía que confesárselo, explicárselo. Samia la miraba con insistencia. Épicène abrió la boca para hablar pero fue entonces cuando se produjo el drama.

Las palabras no brotaron.

La chiquilla no las encontró.

Más adelante, intentó explicarse a sí misma ese fallo. Pero los pensamientos a posteriori no resolvieron el misterio. A los diez años, Épicène no fue capaz de contarle a su mejor amiga que su padre era una mala persona y que le odiaba.

Su silencio duró tres minutos, transcurridos los cuales Samia le demostró que ya no esperaba respuesta alguna. Reanudaron sus juegos. Su amistad no se vio alterada, pero algo quedó flotando en el aire.

Épicène odió la rue de Bourgogne. No era demasiado diferente de la rue Étienne-Marcel, a no ser por una atmósfera de altivez que la niña identificó con lo chic.

El piso no era ni más grande ni más cómodo que el anterior. Habría resultado inútil buscar dónde residía su plus de elegancia. Era una pura cuestión de lenguaje. Por teléfono, Claude nunca perdía la oportunidad de decir: «Pasen por la rue de Bourgogne.» O: «He dejado los documentos en la rue de Bourgogne.»

En los tiempos de la orilla derecha, Épicène vivía a cincuenta metros de la escuela. Ahora su colegio estaba en el distrito 5: era necesario coger el metro. Era la menor de las incomodidades de su nueva vida. Lo peor era el distanciamiento de Samia.

Al volver del colegio, se abalanzaba sobre el teléfono para llamar a su mejor amiga. Hablaban durante horas. Cuanto más hablaban, más cosas tenían que contarse. Tenían un punto fundamental

en común: ambas odiaban el colegio. Cada una afirmaba que el suyo era todavía más execrable que el de la otra. Eso propiciaba interminables comparaciones, subrayadas con gritos de asco destinados a manifestar su connivencia.

Por muy abominables que fueran los profesores, los alumnos lo eran mucho más. Las chiquillas rivalizaban en términos ignominiosos para describir a sus respectivos condiscípulos. Épicène siempre salía vencedora, ya que disponía de un argumento político: en su clase solo había burgueses. La primera vez que utilizó aquel término, Samia le preguntó qué significaba. Al darse cuenta de la dificultad de definirlo, Épicène, apurada, acabó por responder:

–Son gente como mi padre.

–Ah, claro –dijo Samia dando la impresión de estar calibrando la magnitud del problema.

Reflexionó y retomó:

–¿Y tu madre también es una burguesa?

–No –cortó categóricamente Épicène.

–¿Así que tú eres una mestiza burgués-normal?

–No, qué va, yo no soy burguesa. A las burguesas se las reconoce fácilmente: llevan diadema, ropa fea y cara y no les gusta que sus vecinos las copien.

Una noche, Claude se dio cuenta de que desde la mudanza los gastos de teléfono se habían multiplicado por veinte.

–Es tu hija, que en lugar de estudiar se pasa todo el día al teléfono.

–Echa mucho de menos a Samia.

–¿Y no puede hacer nuevas amigas?

Dominique entendió lo que no se había atrevido a formular: «nuevas amigas más de la orilla izquierda».

Cuando Épicène pedía ir a dormir a casa de Samia, su madre se mostraba disuasiva:

–Está lejos, querida. Mañana tienes clase. ¿Quizá Samia podría venir a dormir aquí?

Y entonces era Épicène la que tenía sus reticencias:

–Aquí también está lejos de su casa y ella también tiene escuela.

–Parece que no quieras que la conozca. Espero que no te avergüences de mí.

–Claro que no, mamá.

Era de su padre de quien se avergonzaba.

Samia solía citarla en un café de la rue Tiquetonne, al salir de clase. Cuando se reencontraban, todo eran abrazos interminables, y nunca se despedían sin derramar alguna lágrima.

–Siempre soy yo la que cruza el Sena para verte y nunca al revés. Ya ves que Orfeo soy yo.

–Venga, saca la lira y cántame un poema.

En historia, Épicène aprendió que Berlín había sido cortada en dos en una noche y que sus habitantes habían perdido definitivamente a la mitad de sus amigos. Se lo contó por teléfono a Samia y concluyó:

–Si yo te perdiera, me moriría.

–¿Cómo podría ocurrir algo así?

No se daba cuenta de que la pregunta desafiaba el destino.

Una tarde en la que, excepcionalmente, Claude estaba en casa trabajando, sonó el teléfono. Pese

a que Épicène corrió para responder, fue su padre quien lo hizo.

–¿Sí? Ah, sí, tú eres Samia, la hija del tendero marroquí... ¿Cómo? ¿Tu padre no es tendero? Pero ¿hay algún marroquí en Francia que no tenga un colmado? Espera, tengo delante a mi hija, ahora te la paso.

–Hola, Samia –dijo Épicène.

–Hola –le respondió una voz gélida e irreconocible.

Largo silencio.

–¿Sabes qué? No volveré a hablarte nunca más. Y puede que no lleves diadema, pero aun así eres una burguesa.

Colgó. Épicène conocía lo suficiente a Samia para saber que no se retractaría. Miró el calendario y pensó: «El 19 de noviembre de 1985 es el día de mi muerte. Tengo once años.»

Si hubiera sido una niña cualquiera, habría ido a gritarle todo su odio a su padre o a pedirle explicaciones a su madre. Épicène se guardó los gritos en su corazón y se acostó sobre la cama para convertirse en la estatua del ser vivo que había sido.

Se acordó del día de junio en el que Samia había visto a su padre y en el que debería haberle contado quién era. Las palabras que entonces no había encontrado surgieron de sus labios mudos:

–Mi padre es un monstruo. Me odia desde que nací. Si no me mata es porque lo prohíbe la ley. Pero inventa otras maneras de matarme. Lo que no sabe es que yo le odio. Le odio aún más de lo que él me odia a mí. Y un día, no sé cómo, lo mataré.

Si hubiera dicho todo eso en junio, Samia habría comprendido y ella no habría perdido su amistad cinco meses más tarde. Épicène descubrió que podías morirte por no haber pronunciado a tiempo una palabra salvadora.

Dominique, que había oído la conversación telefónica sin atreverse a intervenir, acudió a la cama de su hija.

–Tu padre estaba bromeando.

–Claro. ¿Era divertido?

–Tiene un humor particular.

–A Samia no le ha hecho ninguna gracia. Ya no quiere hablar conmigo.

–Es tu amiga. Acabará por entenderlo.

–No lo entenderá. Y yo tampoco, por cierto.

–¿Quieres que la llame yo?

–Samia te colgará el teléfono en las narices.

–No. ¿Quieres que llame a tu padre?

Épicène miró a Dominique con consternación. «Yo quiero a mi madre pero ella quiere a mi padre. La vida es así», pensó.

–No tengo nada que hablar con él, mamá. Acabo de perder a mi mejor amiga y todo por culpa suya.

Cuando Dominique abandonó la habitación, la niña se acordó de los benditos tiempos en los que pensaba que los padres no tenían ninguna importancia. ¡Qué equivocada estaba! Ahora la verdad se manifestaba en todo su horror. Un padre era la puerta de la existencia: si quieres entrar o salir tienes que conseguir tu cheque en blanco. Si el padre estaba podrido, la puerta estaba condenada.

«Tengo once años. Me quedan siete años en esta cárcel. ¿Cómo voy a soportarlo?»

A modo de respuesta, un intenso frío se apoderó de ella. Existe un pez llamado celacanto que tiene el poder de extinguirse durante años si su biotopo se vuelve demasiado hostil: se deja vencer por la muerte a la espera de las condiciones para su resurrección. Sin saberlo, Épicène recurrió a la estrategia del celacanto. Cometió aquel suicidio simbólico que consiste en quedar entre paréntesis. Aquel asesinato invisible es mucho más frecuente de lo que se pueda pensar. Al no identificarse como lo que es, en general se interpreta como un síntoma anticipado de la adolescencia.

Como su hija acababa de hundirse en el abismo, su madre volvió a convertirse en la protagonista de esta historia. Volvió con su marido y se atrevió a decirle:

–Épicène ha perdido a su mejor amiga por tu culpa.

–¿Por culpa de mi broma?

–Samia se lo ha tomado muy mal.

–Es idiota.

–Tiene once años.

–Si abandona a nuestra hija por eso es que no merece ser su amiga.

Dominique se sintió confundida. Ya no sabía qué pensar y se preguntó si su marido tendría razón. Claude intuyó la oportunidad de una reconquista.

–Querida, estas chiquilladas no son asunto nuestro. Te acompaño a Chanel.

Querida. Chanel. ¿Cuánto tiempo hacía que no oía aquellas dos palabras mágicas? El hechizo que había creído superado volvía a empezar. Decidió dejarse llevar sin pensar.

En Chanel, él eligió el vestido en su lugar. Las vendedoras le enseñaban los nuevos modelos de la colección reservada. Cada vez que salía del probador, sentía la mirada de su esposo escrutándola y se estremecía.

Si hubiera tenido la lucidez de sondear los ojos de Claude, habría detectado que contenían un fantasma. Pero estaba tan sedienta del amor de su marido que prefirió ignorar aquella presencia.

–Conservas la figura de cuando eras joven, querida –le dijo–, todo te queda bien.

El patán que doce años antes le había reprochado su delgadez había desaparecido. Dominique había reencontrado al hombre encantador y seductor del que se había enamorado. No entendía nada aquel milagro y reía de felicidad.

–Eres tan hermosa que no puedo conformarme con un único vestido. Señoritas, nos llevamos el rojo, el negro y el de pata de gallo.

Mientras las vendedoras empaquetaban sus compras, Claude vio cómo su esposa miraba los perfumes con expresión soñadora.

–Y añadan también un frasco de nº 5 –dijo.

Dominique rompió a llorar.

–Perdónenme, soy ridícula –balbuceó sonriendo a través de las lágrimas sin reparar en la expresión de hartazgo de su marido.

Una nueva vida empezó. La pareja salía casi cada noche.

–Quiero que París conozca tu belleza –dijo Claude.

La esposa saboreaba lo que consideraba un regreso a la pasión. Salir a cenar no le gustaba demasiado; pero que su marido sintiera la necesidad de exhibirla la hacía sentirse eufórica. Ella

se ofrecía a las miradas mundanas, y al hacerlo experimentaba el extraño erotismo de enorgullecer a su ser amado. Lejos quedaban los sórdidos tiempos de la rue Étienne-Marcel en los que Claude no la dejaba hablar en público. En aquella época, salir equivalía para ella a un deber y una humillación. En cuanto abría la boca, su marido la fulminaba con la mirada. Ahora, en cambio, no perdía ocasión de resaltar sus cualidades.

«¿Qué está pasando?», se preguntaba Dominique. Tenían cuarenta años: quizá fuera eso. Antes pensaba en aquella edad con terror. ¡Qué equivocada estaba! Por primera vez en su vida sentía que estaba viviendo plenamente. Su hija, buena y autónoma, no necesitaba de ningún cuidado. Su esposo, liberado de la angustia de tener que triunfar al haber alcanzado sus objetivos, saboreaba por fin el éxito e invitaba a su esposa liberada de sus miedos.

Asociado durante mucho tiempo al perímetro de seguridad y a la larga espera que debía respetar una persona contagiosa, la cuarentena manifestaba su verdad, que Dominique consideraba sublime: a los cuarenta años se recogían los frutos de tantos esfuerzos. Se miraba en el espejo: ninguna arruga, la silueta ideal, ni una sola cana, y sobre todo, en los ojos, un nuevo brillo, el de la confianza.

Ahora Claude no la mantenía al margen de sus proyectos y le pedía que le ayudara. Ella estaba exultante. Así, le contó que deseaba relacionarse con un tal señor Cléry, un pez gordo de una de las más importantes empresas de electrónica. Por motivos que se le escapaban, relacionarse con aquel importante sujeto constituiría la culminación de su carrera.

–Pero es inaccesible. Me he inscrito en su club deportivo y ni siquiera lo he visto. Introducirse en su círculo está por encima de mis posibilidades.

–Tú diriges Terrage París desde hace más de diez años. ¿No basta con que le llares para invitarle a cenar?

–Por desgracia, no, querida. La familia Cléry es el equivalente moderno del salón de Guermentes. Un detalle curioso: este hombre tiene tres hijas, dos de las cuales van al mismo colegio que Épicène.

–¿Cómo se llaman?

Claude abrió el *Who's Who*.

–Éléonore, nacida en 1972, y Caroline, nacida en 1973.

–Lástima, no tienen la misma edad que Épicène.

–¿Y eso qué cambiaría? Nuestra hija es tan poco sociable –dijo Claude.

–No estoy pensando en eso –dijo Dominique con los ojos brillantes–, sino en las reuniones de padres de alumnos, que permiten conocer a gente. Y ahora que lo pienso, precisamente dentro de quince días hay un encuentro entre padres y profesores para las clases de todos los cursos. La madre de las pequeñas seguro que asistirá. Porque hay una señora Cléry, ¿verdad?

Claude volvió a consultar el *Who's Who*.

–Sí. Ni fallecida, ni divorciada.

–Si me hago amiga de la señora Cléry, será bueno para ti, ¿verdad?

–¡Será excelente! ¿Te parece posible?

–El año pasado no me fijé demasiado, pero me parece que estas reuniones tienen un lado muy mundano. Las mujeres rivalizaban en elegancia, como si quisieran impresionar a las demás madres. Esta vez yo también me dedicaré a ello.

La pareja se echó a reír.

La madre le preguntó a su hija si había profesores comunes para quinto, cuarto y tercero.

–Sí, unos cuantos –respondió Épicène–. De historia, matemáticas, latín.

–¿Sabes si Éléonore Cléry, de tercero, y su hermana Caroline, de cuarto, han elegido latín?

–Mamá, ni siquiera me sé los nombres de los alumnos de mi clase. ¿Cómo quieres que sepa algo así?

Dominique suspiró. A los doce años, su hija tenía la sociabilidad de un escarabajo. Por otro lado, sus resultados escolares no eran peores. De todas formas, ¡ya hacía más de dos años de la ruptura con Samia! ¿Épicène no podía pasar página?

–¿Hay alguna fotografía de la señora Cléry en el *Who's Who*? –preguntó a Claude.

No había ninguna.

–No pasa nada. Ya me las apañaré.

El día D, Dominique se vistió como para salir a cenar y, en el colmo de la excitación, se dirigió al colegio. Se habían organizado colas delante de las puertas en las que había escrito el nombre, la asignatura y la clase de los diversos profesores. En la cola de los padres que esperaban pacientemente para hablar con el profesor de historia de quinto, cuarto y tercero, se fijó en una mujer de su misma edad, muy elegante sin dar la impresión de haberse endomingado. No miraba a nadie, satisfecha en su soledad. Dominique se acercó a ella todo lo que pudo. «Si los Cléry son los Guermantes de hoy, aquí está mi duquesa», pensó.

Buscó un pretexto para dirigirle la palabra y, al final, eligió el más idiota:

–Esta es la cola del señor Dasson, ¿verdad?

–Sí. ¡Hay que ver qué lento es!

La voz de la mujer, a la vez pausada y desenfadada, la impactó.

–He venido por mi hija, que está en quinto.

–Y yo por mis dos hijas, una en tercero y la otra en cuarto. Le prometo que procuraré ir deprisa.

–¿Qué clase de hombre es?

–Aburrido, pero no malo. El año pasado aprobó a mi Éléonore pese a sus notas, cómo lo diría, desconcertantes.

«Es ella», se regodeó Dominique.

–Perdóneme, no me he presentado, soy la madre de Épicène Guillaume.

–Y yo la madre de Éléonore y Caroline Cléry. ¿Su hija se llama Épicène?

–Sí, en homenaje a Ben Jonson, un contemporáneo de Shakespeare.

–Qué extraordinario.

En aquel momento una dama intervino en la conversación ignorando abiertamente a Dominique:

–Dígame, tenemos un problema enorme con la velada del 28...

Dominique dio un paso atrás, por miedo a parecer que se inmiscuía en asuntos que no eran de su incumbencia. Habría matado a aquella mujer que se dirigía a la señora Cléry hasta el momento en que esta entró en el despacho del profesor de historia.

«Se acabó», pensó.

Cuando ella misma terminó su entrevista con el extenuante señor Dasson, buscó por todas partes a la señora Cléry. Demasiado tarde, el pájaro había volado.

Abandonó el colegio con un profundo sentimiento de fracaso y regresó a la rue de Bourgogne.

–¿Qué tal?

–Tengo una buena noticia y otra mala. La buena es que de entrada he conseguido identificar a la señora Cléry y hablar con ella. Todo iba sobre ruedas hasta que una mujer se ha acercado y ha

acaparado su atención. No he podido hacer nada para impedirlo. Y después había desaparecido. Pero el poco tiempo que hemos estado juntas, hemos congeniado.

–¿Cómo es?

–Tenías razón, es la duquesa de Guermantes. Lo siento, querido, lo siento mucho.

Él la consoló con ternura:

–Has estado fantástica, querida, al identificarla y congeniar con ella.

–Pero ¿no te das cuenta de que ahora tendré que esperar un año para tener otra oportunidad? ¡Solo hay una reunión al año de padres y profesores!

–A nuestra edad, un año pasa volando.

Estaba en lo cierto, el año escolar 1986-1987 pasó a la velocidad de una velada mundana. Sin embargo, Dominique no dejó de pensar en ella ni un minuto.

Cuando por fin llegó la reunión de padres y profesores del curso escolar 1987-1988, Dominique estaba tan tensa como si su vida dependiera de ello. Enseguida localizó a la señora Cléry en la cola del profesor de latín y se coló sin ningún pudor hasta ponerse a su lado.

–Hola.

–Hola. Ah, sí, usted es la madre de..., espere..., ¿Ophélie?

–No. Épicène.

–Claro, Épicène. ¿Cómo le va?

–Estoy preocupada –dijo Dominique, que lo tenía todo perfectamente calculado–. Épicène me está causando problemas.

–¿Qué me va a contar a mí! Mis hijas tienen unas notas lamentables.

–La mía es la primera de la clase. Lo que me preocupa es su personalidad.

–Tiene trece años, ¿verdad? No debe sorprenderse de nada.

–Le aseguro que no está siendo una pubertad normal. Es como si Épicène apenas estuviera viva.

–¿Anorexia?

–No, no se trata de eso. No tiene amigos, ninguna vitalidad. Y me da miedo lo que me pueda contar la señora Caracala.

–¿A su hija le va mal con el latín?

–No, al contrario. Pero la señora Caracala ya me ha llamado para manifestar su preocupación.

–¿Y esa por qué se mete?

–Por desgracia, creo que tiene razón –dijo Dominique, tan impaciente por convencer a su interlocutora que se le saltaron las lágrimas.

A la señora Cléry pareció conmoverla tanta fragilidad:

–¿Quiere que la espere?

–Oh, sería muy amable por su parte –dijo Dominique, que no tuvo ningún reparo en parecer trastornada.

Cuando llegó su turno, entró en la clase que ese día servía de confesionario a la señora Caracala.

–Buenos días. Soy la madre de Épicène Guillaume.

–Lo habría jurado –dijo la imponente Caracala en un tono de voz intimidante.

–¿Tanto nos parecemos?

–No, no se parece en absoluto a usted. Pero basta con un vistazo para darse cuenta de que dedica mucho más tiempo a su vestuario que a su hija.

Atónita, Dominique descubrió que una mentira ingenua siempre tiene valor de profecía.

—¿Cómo dice?

—Épicène es una adolescente extremadamente brillante, una de las mejores alumnas que he tenido. Y usted la somete a una situación de profunda angustia psicológica.

—¿Qué es lo que va mal?

—Su hija está totalmente encerrada en sí misma, no habla con nadie y no parece interesarse por nada. Durante los recreos, solo participa si se lo piden, y entonces queda claro que tiene una inteligencia asombrosa.

—Sí, es tímida.

—No, no es tímida. A eso, señora, no se le llama timidez. A eso se le llama sufrimiento. Y usted, mientras tanto, se dedica a visitar tiendas de moda.

Dominique rompió a llorar.

—¡Ya puede usted llorar! —dijo la enorme Caracala con cara de asco—. Adiós, señora, no tengo nada más que decirle.

La infeliz salió de la sala disimulando sus lágrimas como podía. La señora Cléry, que la estaba esperando, la abrazó inmediatamente para alejarla de las miradas de los curiosos. Dominique le contó el terrible recibimiento que le había brindado la profesora de latín.

—¡Menudo monstruo, esa mujer! —exclamó la señora Cléry—. Está claro que ella no corre el riesgo de que la vean en las tiendas de moda, donde no hay ningún vestido de su talla.

Dominique sonrió pese a las lágrimas.

—No tiene ningún derecho a hablarle así.

—Por desgracia, tiene razón. Se ha limitado a decirme la verdad. Soy una mala madre.

—En absoluto, querida. Es muy difícil ser la madre de una adolescente. Yo tengo tres, sé de lo que hablo.

—Mi hija lo está pasando realmente mal. No sé cómo ayudarla y no hago nada.

—Pero ¿qué se puede hacer por unas chiquillas cuyos problemas ni siquiera entendemos?

Dominique redobló su llanto: se sentía castigada por haber empezado haciendo comedia para atraer la atención de aquella mujer.

—No puedo dejarla así. ¿Ha venido en coche?

—No.

—Cojamos un taxi. La acompañaré hasta su casa.

Durante el trayecto, la desconsolada madre se confió abiertamente. Le contó la ruptura con Samia, dos años antes.

—Fue en ese momento cuando Épicène se encerró en sí misma. No me lo tomé lo bastante en serio.

—Sí. A esa edad, las grandes amistades son tan importantes como un matrimonio.

—Entonces, ¿le parece que he sido una mala madre?

—Claro que no. Salta a la vista que hace lo que puede. ¿Quiere darme su número de teléfono? En casa tengo la dirección de un buen psicólogo para adolescentes.

Dominique lo hizo. Era algo inesperado. Antes de bajar del taxi, le dio las gracias a su nueva amiga y le rogó que la llamara por su nombre: la señora Cléry sonrió y respondió:

—De acuerdo, Dominique. Yo soy Reine.

Al llegar frente a su casa, Dominique se recompuso el rostro. Entró en la habitación de Épicène

y le contó lo que le había dicho la señora Caracala.

–¡Qué pedazo de idiota! –explotó la chiquilla, que odiaba que se preocuparan por ella.

–¿Y es cierto que no hablas con nadie, querida?

–Cuando no me interesa nadie, no hablo con nadie. El día que alguien me interese, hablaré con él. Estoy bien, mamá, no te preocupes.

Algo más tranquila, esperó a que su marido regresara. Del mismo modo que no había mencionado a su nueva amiga las circunstancias de la ruptura entre Épicène y Samia, le escondió a Claude la astucia a la que había recurrido. Pero le dijo que ella le había acompañado en taxi hasta la rue de Bourgogne.

–¿Sabes que es una mujer muy hermosa? Distinguida, con mucha clase. Su nombre le viene como anillo al dedo: se llama Reine.

–Ah, sí –comentó él con una expresión ausente, antes de decir mientras la abrazaba–: Y pensar que eres una perfecta intrigante y yo no tenía ni idea.

–Ya veo que eso no te interesa demasiado. Qué quieres, para conocer al marido, hay que empezar por la esposa. Te prometo que nos acabarán invitando a su casa –declaró ella en tono heroico.

–No lo dudo, mi Dominique –respondió él.

Al día siguiente, se sentó en el sofá junto al teléfono y solo se movió para descolgar cuando sonó.

–Dominique, soy Reine. ¿Cómo se encuentra?

–Apenas he dormido.

–Pobrecita, olvídense de esa terrible Caracala. Es un monstruo. A mí me dijo que, a juzgar por la naturaleza de sus inquietudes, mis hijas solo podían esperar convertirse en cajeras de supermercado.

–Eso es terrible –respondió Dominique, cuya madre había sido cajera de supermercado antes de casarse con su padre.

–He encontrado la dirección del psicólogo para adolescentes del que le hablé ayer.

Ella tomó nota y, por miedo a que Reine diera por terminada la conversación, le contó la conversación con su hija.

–Eso es más bien tranquilizador, ¿no?

–No lo sé. Es tan retraída.

–¿No le parece que sus notas son el mejor indicio?

–Eso pensaba hasta las acusaciones de la señora Caracala. Ahora me siento avergonzada. Esta mañana, ni siquiera me he atrevido a vestirme. Todavía voy en bata.

–¿Por qué?

–Cada vez que pienso en un vestido, oigo a la señora Caracala reprocharme el lujo de mi vestuario.

Reine estalló en una carcajada.

–¿Quiere que vaya a ayudarla a vestirse?

–¿Haría eso por mí?

Una hora más tarde, Reine desembarcaba en la rue de Bourgogne.

–Me siento tan ridícula.

–Déjelo, resulta divertido. Enséñeme su ropero.

Dominique abrió sus armarios.

–Aquí no hay nada de lo que avergonzarse –dijo Reine–. Yo tengo quince veces más vestidos que usted. Oh, qué falda más bonita. Un poco de noche, quizá. Tenga, este pantalón es lo que necesita ahora. ¿Tiene algo de color negro para la parte de arriba?

A Reine no le acabó de convencer nada de lo que vio.

–Nos vamos a mi casa. Tengo algo que le vendrá que ni pintado.

Un taxi las llevó hasta la montaña de SainteGeneviève. El piso de los Cléry daba al Panteón. A Dominique le pareció que acababa de acceder al sanctasanctorum.

El vestidor de Reine era una habitación independiente. Allí reinaba el inimitable desorden de lo chic. Con autoridad, la reina del lugar le ofreció a su invitada una blusa de lino.

–Lo sabía. Le queda perfecto. Quédesela.

–¿No la echará de menos? –protestó Dominique.

–Claro. No querrá que le ofrezca una prenda que no sea importante para mí, ¿verdad?

Tomaron café en el salón. Dominique estaba hipnotizada por las vistas al Panteón.

–Hace veinte años que vivo aquí e, igual que usted, me sigue fascinando la panorámica. Mis dos hijas mayores van al liceo Henri-IV, justo aquí al lado. Jean-Louis y yo recurrimos a este argumento de la proximidad, ya que ni la una ni la otra tenían el nivel.

–Mi marido está obsesionado con que nuestra hija vaya al Henri-IV.

–Entrará sin ningún problema, teniendo en cuenta sus notas. Ojalá nuestras hijas pudieran ser amigas e intercambiar parte de sus respectivas cualidades, eso nos haría muy felices. Las mías no tienen ningún problema de sociabilidad. Pero los estudios no les interesan.

–Nuestras hijas nunca serán amigas.

–¿Por qué dice eso?

–Porque nosotras nos estamos haciendo amigas. Y precisamente por eso, si nuestras hijas se conocieran, se detestarían.

–Una teoría interesante. Habrá que comprobarla.

Al día siguiente, Dominique llevó a su hija a merendar a casa de su nueva amiga. Esta pegó un brinco al descubrir a la adolescente.

–¿Cómo se parece a usted! –le dijo a su madre, que se había dado cuenta del impacto producido–. Hola, Épicène.

–Dicen que también se parece mucho a su padre.

Mientras servía el té, la chiquilla miraba a su alrededor con auténtica curiosidad. La asistente le resultaba especialmente fascinante: la devoraba con los ojos sin ningún disimulo. Pero cuando llegaron las tres chicas de la casa, Épicène volvió a encerrarse en su caparazón.

Dominique se extasió:

–¡Tres copias idénticas de su madre!

Florence, dieciséis años, Éléonore, quince, y Caroline, catorce, rivalizaban en esplendor y fulgor. Intentaron convencer a Épicène de que las acompañara a sus habitaciones, pero se dieron de bruces contra el más huraño de los rechazos. Las adolescentes no insistieron y desaparecieron en un torbellino.

–Su teoría se confirma –declaró Reine.

Empezó entonces el año más formidable de la vida de Dominique. Su nueva amistad no dejaba de intensificarse. Y cuanto más afecto le manifestaba Reine, más rivalizaba Claude en elogios a su persona.

Pasaba casi todos los días con Reine y casi todas las noches contándole a su marido lo que habían hecho juntas.

«¡Qué amable es al escucharme con tanto interés! No sé cómo pueden interesarle mis historias», pensaba ella. Y al mismo tiempo, no le contaba lo que más le importaba. Le ocurría lo más emocionante que te puede pasar en la vida: estaba seducida. Claude también la había seducido y a ella le había encantado, aunque solo hubiera durado unos días. Con Reine la seducción no tenía fin.

Su nueva amiga tenía un arte infinito para destilar su encanto. Era evidente que no se trataba de una técnica. Reine actuaba con la más natural de las magias. Cuando, después de un paseo por la ciudad, las dos mujeres regresaban al piso de la montaña Sainte-Geneviève, la dueña del lugar abría una botella de champán diciendo que el Deutz era su infusión preferida. Las burbujas acababan liberándoles el corazón y Dominique veía literalmente crepitar las chispas en la conversación con su amiga. Dejaba que la impregnaran, saboreando dos embriagueces doradas simultáneas.

¿Cómo podría haberle contado algo semejante a Claude? Le faltaban palabras para expresar tanta gracia. Además, él podría haberlo malinterpretado y ver algo culpable allí donde, estaba segura de ello, solo reinaba la delicia de una profunda connivencia.

Eso no era óbice para que cada mañana se despertara sintiendo la alegría impaciente de volver a encontrarse con Reine, y que cada noche regresara a su casa con la voluntad de echarse en los brazos de su marido para compartir su felicidad.

La única sombra en aquel cuadro era la eterna atonía de su hija.

–No se preocupe, son cosas de la edad –dijo Reine.

–Ni usted ni yo éramos así a los catorce años.

–Ni usted ni yo sacábamos un 19 sobre 20 en latín, un 18 sobre 20 en matemáticas y una media de 17 sobre 20 en otras asignaturas.

Dominique solo estaba pidiendo que la tranquilizaran. Quería saborear plenamente lo que cada elemento de aquella existencia le aportaba. ¡Cómo le gustaban las confidencias de Reine! Esta le contaba lo pesado que le resultaba tener que recibir a tanta gente.

–Jean-Louis afirma que resulta mucho más chic invitar a tu casa que en un restaurante. Tiene razón, ¡pero menuda lata! Por más que hago que me ayuden, siempre me cuesta mucho. Proponer temas de conversación, fingir que estoy encantada de recibir a gente mortalmente aburrida, no echarlos a la calle cuando estás deseando irte a la cama, y saber que como agradecimiento te invitarán a su casa para veladas parecidas, es el precio que tengo que pagar por mi gran vida.

–Parece que es usted muy buena en eso.

–¿Y qué cambia eso? Puedes llegar a detestar aquello en lo que eres una virtuosa.

Ocurrió que Claude manifestó cierto mal humor por el relato de su mujer:

–¡Qué atrevida, hablar tanto de las recepciones a las que nunca te invita! Te recuerdo que, hace

más de dos años, cuando te hablé de los Cléry, fue con la esperanza de acabar frecuentando su círculo.

–Eso es lo que he hecho.

–¿Y a mí cuándo piensan invitarme? Esto se está convirtiendo en una grosería.

Dominique palideció: él tenía razón. Que Reine pudiera ser pillada en falta la descompuso. Sobre todo porque ella también lo estaba. ¿En qué momento había olvidado que cultivaba aquella amistad para ayudar a su marido?

Al día siguiente, quiso tratar directamente el tema con su amiga, pero le resultó imposible: Reine la recibió sin disimulo con una alegría excepcional.

–¿Tiene permiso de conducir? –le preguntó sin más rodeos.

–Sí. Aunque llevo años sin conducir.

–Dicen que eso nunca se olvida. Yo no sé, me saqué el carnet en una tómbola. Venga.

La arrastró al sótano del edificio que servía de garaje y le mostró un Mini Cooper de color rojo.

–¡Qué mono!

–¿Verdad que sí? Es nuestro.

–¿Bromea?

–No. Mi marido me lo regaló por nuestro primer aniversario de boda. Pero nunca lo he utilizado. He puesto el seguro a su nombre: ahora es suyo.

–A su marido no le va a gustar.

–Ni siquiera se acuerda de que me lo regaló. ¿Lo probamos ahora?

Imposible negarse. En el colmo de la excitación, Dominique se puso al volante. Reine, en el asiento del copiloto, le entregó las llaves. Dominique arrancó y fue como si el tiempo no hubiera pasado. Se acordó de hasta qué punto le gustaba conducir. Dejó atrás el garaje y descendió la montaña Sainte-Geneviève mientras su amiga manifestaba su alegría.

–¡Qué bien conduce!

–No me lo puedo creer. Siempre me dijeron que circular por París era una locura.

–Lo es. ¡Y me encanta!

–¿Adónde quiere ir?

–A cualquier parte. ¡Siempre que circulemos rápido!

Dominique se echó a reír. Llegó a los muelles del Sena y alcanzó límites de velocidad que la aturdieron tanto como a su amiga. ¡Qué joven se sentía! Ni siquiera a los dieciocho años había experimentado ese furor.

Cuando regresaron al sótano del inmueble, se miraban con entusiasmo.

–¡Gracias, Reine! –exclamó Dominique dándole un abrazo.

–Soy yo la que le da las gracias. No me había divertido tanto desde el instituto.

La palabra instituto le recordó a Dominique sus obligaciones:

–Por muy incómoda que me sienta con su regalo tengo que pedirle un favor.

–La escucho.

–Mire. Sé que se burlará de mí: me gustaría tanto que me invitara a una de sus recepciones.

Reine abrió los ojos como platos.

–Llevo meses hablándole de lo aburridas que son.

–Me encantaría compartir ese aburrimiento con usted.

–Es usted la persona más extraña que conozco. Además, no puedo invitarla sin invitar a su marido.

–¿Le supone algún problema?

–No.

Durante una fracción de segundo, Dominique vio aparecer un destello de malestar en la mirada de su amiga. «Es porque la he pillado en falta», pensó.

–Aquí tiene las llaves del coche. Y estas son las del garaje. Puede coger el Mini cuando quiera.

–Gracias, gracias –repitió Dominique, que no daba crédito–. Pero lo que me gusta es conducir con usted. Volveremos a salir juntas, ¿verdad?

Reine asintió. Pero su alegría parecía haberse agotado de repente. Consultó su agenda.

–¿El 26 de enero está libre?

–¡Sí!

–¿Podrá confirmarme si su marido también está disponible?

–No hace falta, créame.

Aquella respuesta pareció desagradar a Reine.

–Perdóneme. Mi capricho parece disgustarla –dijo Dominique.

–En absoluto. Será divertido reencontrarnos en el papel de esposas preparadas para el arte de las recepciones altaneras.

Era el 16 de diciembre. Pronto llegaría Navidad. La idea de no ver a su amiga durante las fiestas entristeció a Dominique, que no reparó en el tono desencantado e irónico de su última réplica.

Cuando le dio la noticia a Claude, su rostro se iluminó con una desmesura triunfal. Ella lo atribuyó al complejo social que siempre había observado en él. ¿Por qué algo tan estúpido le conmovía tanto?

–¡Bravo, querida! Menudo equipo formamos.

Aquella afirmación la dejó pasmada.

En los primeros días de enero, Dominique se reencontró con su amiga. Le pareció menos alegre que antes. Parecía preocupada por la velada del 26.

–Seremos demasiados para una cena clásica. Organizaré un cóctel más informal.

–Excelente idea.

¿Por qué le daba la impresión de que Reine la miraba como si fuera estúpida? No se atrevía a decirle lo mucho que se alegraba de presentar a su marido a toda aquella gente importante. Sería su triunfo.

–¿Qué puedo traer para esa noche?

–Nada.

–Pero no puedo llegar con las manos vacías.

–Flores –respondió Reine encogiéndose de hombros.

Su marido, al que en adelante informaría de cualquier elemento relativo a la velada, le dijo que él se encargaría de elegir las flores.

Al llegar el día, Dominique se puso la falda que su amiga tanto había admirado en su armario. Combinaba perfectamente con la blusa negra de lino que le había regalado.

–Estás preciosa, querida –dijo su esposo.

Pensó que su momento de gloria había llegado y resplandeció.

Un taxi los condujo hasta la place du Panthéon. Claude parecía muy emocionado. Ella le felicitó por el magnífico ramo de camelias rojas que había comprado.

Un mayordomo los liberó de sus abrigos y los acompañó hasta el salón. Reine se levantó para recibirlos.

–Buenas noches, Dominique. ¡Oh, qué camelias más maravillosas! ¡Gracias!

–Buenas noches, Reine. Permítame presentarle a Claude, mi marido.

Se saludaron con extrema educación, mientras que Jean-Louis se acercó para darle la mano. Era la primera vez que Dominique le veía, le pareció impresionante. A continuación, él saludó a su marido de un modo casi neutro, que rozaba la frialdad.

Les sirvieron una copa de Deutz cuvée Amour.

–¡Es el mejor champán del mundo! –exclamó Dominique.

Jean-Louis le sonrió como a un niño. Ella se preguntó si había dicho alguna estupidez.

Reine la presentó a otros invitados y se puso a conversar. Aquellas personas le parecían encantadoras, se sentía muy orgullosa de conocerlas. Mientras hablaba, iba observando a su amiga. ¡Qué hermosa era! Llevaba un vestido de terciopelo carmesí que resaltaba su figura ideal, se había soltado la suntuosa melena, que le llegaba hasta la cintura. ¡Y qué facilidad tenía para hablar con cada uno como si fuera lo más importante de su vida! A la vez deliciosa y desenfadada pero siempre llena de atenciones, alternaba la gravedad con la jovialidad en función de la naturaleza de las confidencias.

«¡Bravo, Reine! Su velada es todo un éxito», pensó Dominique. Luego, miró a su marido y se vino abajo. ¡Qué poco natural parecía! Se notaba a la legua que no estaba acostumbrado. Quiso acudir al rescate pero cambió de idea. Después de todo, ella se las había apañado sola para que se cumpliera la velada de sus sueños, que él pusiera de su parte para metamorfosearla.

Se sirvió la cena informal. En lugar de comida ostentosa, caviar o foie, los Cléry ofrecieron clásicos de una desconcertante simplicidad: jamón de Parma cortado al momento, una enorme mozzarella de la que cada uno se podía servir una parte y aderezarla con aceite de oliva, alcachofas a la romana. Dominique admiró ese arte ejemplar de lo natural y lo chic.

Mientras cenaba charlando con una divertida anciana, se percató de que no veía a su amiga. No se preocupó por ello. Pero en el momento de volver a llenar su plato, se dio cuenta de que Reine no había vuelto.

«¿Se encontrará mal? Quizá se haya retirado a su habitación», pensó preocupada.

Abandonó la sala subrepticamente y pasó por el vestidor que comunicaba con la habitación. Fue allí donde oyó la voz de Claude y se quedó de piedra al escuchar:

–¿Sabes lo que significa la camelia roja en el lenguaje de las flores? «Es usted la más hermosa.» Sí, eres la más hermosa.

–Eres muy amable. ¿Y si volviéramos a la cena? ¿Has comido suficiente?

Dominique no daba crédito a aquel tuteo. Reine solo tuteaba a su marido y a sus hijas.

–No tengo hambre y lo sabes.

–He tardado en comprender que eras tú. Hay muchos Claude Guillaume. Cuando conocí a tu mujer, me las apañé para ver tu casa pero allí no hay ni rastro de ti. Y luego conocí a tu hija. Entonces, lo tuve claro. Es tu vivo retrato.

–Es cierto.

–¡Estoy impresionada por tu éxito! ¡Bravo! Estoy orgullosa de ti.

–Hace veinte años no te lo habrías creído, ¿verdad?

–Entonces eras una incógnita.

–A la que respondiste con una negativa.

–¿Qué importa eso? Has rehecho tu vida y es magnífica.

–No es mi vida. No soy yo.

–¿Qué estás diciendo?

–Hace veinte años, cuando me dejaste, decidí demostrarte hasta qué punto te habías equivocado. Así que creé mi éxito inventado.

–En definitiva, una revancha.

–No. Una venganza.

–No te entiendo.

–Para seguir tu rastro, me he convertido en un hombre rico y poderoso. Tú te casaste, yo me casé. Tú tuviste un hijo, yo tuve un hijo. Me habría gustado tener tres como tú pero eso no fue posible.

–Efectivamente, para este tipo de decisiones hay que ser dos.

–No. Elegí a mi mujer porque no existe.

–¿Dominique no existe?

–Esa mujer no es nada. Solo es un peón en mi partida. La elegí porque era lo bastante hermosa para interpretar el papel de mujer de mundo y lo bastante acomplexada para poder manejarla a mi antojo.

–¿Cómo puedes estar tan equivocado con ella?

–Si me equivocara con ella, no tendría ninguna importancia. De ella puedo decir lo mismo que de mi vida en los últimos años. No soy yo. Mi trabajo, no soy yo. Mi matrimonio, no soy yo. Ya no soy el que soy.

–¿Y tu hija, no eres tú?

–Tienes razón, ese es mi punto débil. Lo he conseguido todo sin sentir nada porque no era yo. Todas mis acciones eran mensajes dirigidos a ti. Y entonces nació mi hija y, al verla, tuve un impacto horroroso. Sin darme cuenta, siempre había esperado tener un hijo que se pareciera a ti. Y no solo no se parecía a ti, sino que era clavada a mí.

–También se parece a su madre.

–Como su madre no existe, tampoco me molesta. En cambio, que se parezca a mí siempre me ha molestado profundamente. Mi hija es mi fracaso: no consigo sentir nada por ella.

–Sí. La quieres.

–La odio. No puedes imaginarte hasta qué punto.
Se produjo un silencio.

–Eres un monstruo, Claude. Hace veinte años eras un buen chico. No lo entiendo.

–Me abandonaste.

–¿Y qué tiene que ver eso con las cosas terribles que acabas de contarme?

–Es mi venganza.

–¿Y qué clase de venganza es esa?

–Te marchaste porque Jean-Louis te ofrecía la gran vida en París. Quería demostrarte que conmigo también podrías haberla tenido. Y conmigo, además, habrías tenido amor.
Reine se echó a reír.

–¿Amor? ¿Contigo? ¿Con el monstruo que acaba de contarme sus horrores?

–Abandonaste a un hombre al que amabas por un hombre al que no amabas.

–¿Y de dónde has sacado que no amaba a Jean-Louis?
–No me lo habías dicho.
–No estaba obligada a decírtelo.
–Pero me dijiste que te casabas con él por su buena situación.
–Era más amable por mi parte decirte eso. Así podías odiarme y olvidarte de mí.
–No fue eso lo que ocurrió.
–¿Cómo podía imaginar que eras tan retorcido? Notaba que había algo anormal dentro de ti, pero no podía sospechar que fuera tan grave. ¡Cuánta razón tuve al dejarte!
–Hace veinte años, me amabas. No lo niegues.
–Te amaba. Y, sin embargo, no quise compartir mi vida contigo. No te sentía.
–Y ahora me dirás que me dejaste porque adivinaste que me convertiría en lo que soy.
–No tengo por qué justificarme. No estaba obligada a seguir contigo.
–Me arruinaste la vida.
–¿Tenía que sacrificarme por ti?
–Mira en lo que me he convertido.
–Cuando me enteré de tu trayectoria, me pareció admirable. Ahora me parece sórdida.
–Es obra tuya.
–No sabes lo que estás diciendo.
–Todo lo que he hecho ha sido por ti.
–Más bien en contra de mí.
–Es cierto.
–¿Y tu mujer lo sabe?
–No, por supuesto. Y en eso tampoco te hagas la inocente. Tú tampoco le has contado nada.
–En efecto, tardé un tiempo en comprender con quién se había casado. Y cuando lo comprendí, me pareció que era demasiado tarde.
–Es porque tú también querías volver a verme.
–Si hubiera querido volver a verte, te habría llamado mucho antes. No, si me callé fue porque me asustaba perder mi amistad con Dominique. La aprecio mucho.
–Deja a tu marido. Vente conmigo.
–¿A ti te parece que eso es lo que deseo?
–Te conozco. Tú eres igual que yo. Tienes buenos modales, te has convertido en una mujer de mundo, pero en el fondo te pareces a mí. No tienes ni fe ni ley. Recuerda cómo te libraste de mí hace veinte años. Así eres tú. Una mujer que ha sido capaz de semejante cinismo es capaz de cualquier cosa. Hazle a Jean-Louis lo que me hiciste a mí.
–¿Por qué? ¿Por el placer de vivir con un chiflado como tú?
–Me da igual que me veas así. No existe ninguna prueba de amor más increíble que todo lo que he logrado por ti.
–¿Llamas amor a querer vengarte de la persona a quien amaste? Sobre todo cuando descubres la naturaleza de tu venganza. Los antiguos sacrificaban niños a los dioses para calmar su furia. Tú has sacrificado a dos personas, una de ellas tu hija, pero ni siquiera has logrado aplacar tu cólera. ¿Y te atreves a decirme que semejante crimen es la expresión de tu amor por mí? Tus actos solo significan una cosa: ¡la clase de persona que eres! No soy yo, decías. ¡Qué error! Eres tú y nadie más que tú.
–Tú eres de mi misma especie.
–Ni hablar. La prueba es que quiero a mis hijas y que quiero a la tuya. ¿Cómo no querer a una

adolescente tan excepcional?

–No sigas por ahí. Mi hija ha sido la primera prueba de mi error. Tu reacción ha sido la segunda.

–¿No puedes imaginar que tu hija pueda tener una vida al margen de ti? ¿Solo la ves respecto a ti? ¡Eres un psicópata sin remedio!

–Qué quieres, no soy un hipócrita. Sí, odio a mi hija.

–Cualquiera diría que te sientes orgulloso al decirlo.

–Me siento orgulloso de no esconderle nada a la mujer que amo. He comprendido que había perdido la partida. Me da igual, la jugaré hasta el final. Si tengo que matar a mi hija con mis propias manos para demostrarte de lo que soy capaz por ti, lo haré.

Aquella frase actuó como una descarga en Dominique. Hasta ese momento había escuchado la conversación horrorizada. «Si tuviera un arma, los mataría a los dos y luego me mataría», había pensado. De repente, su única preocupación era salvar a Épicène.

Abandonó el vestidor, recogió su abrigo.

–Me excusará ante la señora Cléry, no me encuentro bien –le dijo al mayordomo.

Bajo al sótano, se instaló al volante del Mini y condujo hasta la rue Boulogne en cuarta. Épicène estaba leyendo la *Iliada* en versión bilingüe.

–Querida, nos vamos para siempre. Recoge lo estrictamente necesario.

La adolescente reaccionó como si llevara años esperando aquella orden. Metió en una mochila los escasos recuerdos de su amistad con Samia, la edición bilingüe de la *Iliada* y anunció que ya estaba lista.

Mientras tanto, Dominique se había cambiado.

–Vámonos, estoy aparcada en doble fila.

–¿Tienes un coche?

–Ya te contaré.

Una vez en la autopista, la madre le dijo a su hija que se iban a vivir a Brest.

–¿Y papá? –se limitó a preguntar Épicène.

–Se acabó. Tiene a otra.

Por la expresión de extremo dolor de su madre, la hija comprendió que no había que hablar más del asunto.

–Vamos a casa de mis padres. Por fin conocerás a tus abuelos –dijo Dominique.

–¡Era mi sueño! –exclamó la adolescente.

Dominique pensó en las veces en las que había rechazado la invitación de sus padres, porque Claude le había señalado su complejo social y la necesidad de esconder unos orígenes así. «¿Cómo pude obedecerle?»

Tuvo que detenerse para hinchar las ruedas. Ni la madre ni la hija notaban el cansancio. Épicène se sentía como si despertara de un sueño mortal que había durado varios siglos. De no ser por la pena de su madre, habría experimentado la alegría perfecta: ¡abandonar a su padre, qué fascinante! La conciencia de dirigirse hacia el fin del mundo llevaba su felicidad a lo más alto.

–Conduces muy bien, mamá. No sabía que tuvieras carnet.

–Lo había olvidado.

Llegaron a Brest alrededor de las seis de la mañana. Dominique aparcó delante de la casa de sus padres. Había luz. Épicène se echó a los brazos de sus abuelos, incrédulos de sorpresa.

–¡Qué guapa eres, pequeña!

Dominique les dio un beso a sus padres y se puso a llorar. El silencio actuó como una

explicación.

–Las dos viviréis aquí –dijo el padre.

El 27 de enero de 1989 era viernes.

–Voy a buscar un trabajo –dijo Dominique.

–¿No prefieres acostarte? –preguntó su madre.

–Sería incapaz de dormir.

Cuando se marchó al volante de su coche, Épicène preguntó a qué escuela había ido su madre.

–Al colegio Carnot, a doscientos metros de aquí.

–Voy a matricularme –dijo.

–No creo que eso sea posible –respondió su abuelo.

–Solo me arriesgo a que me digan que no.

La chiquilla entró en el colegio Carnot y declaró que deseaba matricularse. Los empleados nunca se habían enfrentado a un caso semejante y llamaron al director.

–Soy la hija de Dominique Rosec, que fue alumna de su colegio. Me gustaría matricularme en tercero.

–¿A mitad de curso?

–Ayer mi madre dejó a mi padre a causa de una tragedia familiar. Hemos tenido que huir y no llevo mi expediente conmigo.

–¿Y por qué no ha venido su madre a matricularla?

–Mi madre está buscando un trabajo para atender nuestras necesidades.

–¿Qué colegio frecuentaba en París?

Tras aportar los datos necesarios, Épicène se sentó y sacó de su mochila la edición bilingüe de la *Iliada*. Se sumergió en la lectura.

El director llamó al colegio parisino en el que le proporcionaron las asombrosas referencias sobre Épicène Guillaume, que confirmaron su primera impresión. Pidieron que su expediente académico fuera enviado a Brest y acompañó a la joven hasta la clase de tercero.

Mientras tanto, Dominique había llegado a las oficinas de la sociedad Terrage. Su antiguo jefe la recibió sin problemas.

–He dejado a mi marido –anunció ella–. Me hago cargo de que en estos últimos veinte años el oficio habrá cambiado, pero si acepta contratarme, aprenderé.

–Se lo debemos –respondió el patrón.

Al ver su expresión atónita, él se lo explicó:

–Contraté a Claude gracias a usted.

–No le entiendo.

–Hace veinte años, cuando aquel veinteañero novato vino a explicarme su proyecto parisino, tuve mis dudas. Luego me dijo que era su novio. El novio de la más sería de mis empleadas. Aquella fue la razón por la que confié en él. Así que el increíble éxito de Terrage París ha sido posible gracias a usted. ¿No lo sabía?

–¿Cuándo tuvo lugar esa conversación?

El patrón fue a consultar sus registros y respondió:

–El 15 de septiembre de 1970.

Dominique palideció. Había conocido a Claude el 12 de septiembre. El 15 de septiembre él ni siquiera la había invitado a cenar. A la velocidad del relámpago, reconstruyó el recorrido mental de su esposo: «El sábado 12 de septiembre conoce a una tonta, comprende que es la adecuada y consigue el nombre de la sociedad en la que trabaja. El lunes 14 de septiembre, está tan convencido de que será el novio de la idiota, que se lo anuncia a su jefe, ganándose así su confianza. En su partida de póquer, yo era su única baza. Eso le bastó.»

–¿Se encuentra bien, Dominique?

–Sí. Un divorcio nunca es fácil.

–Empezará el lunes. Christelle sigue estando aquí, ella le explicará.

Regresó a casa de sus padres muy alterada. «La elegí porque era lo bastante hermosa para interpretar el papel de mujer de mundo y lo bastante acomplejada para poder manejarla a mi antojo», le había dicho Claude a Reine. Había omitido una pieza importante del expediente.

«¿Tan transparente era?» Solo con mirarla en la terraza del café, antes siquiera de haberle dirigido la palabra, Claude adivinó lo que iba a conseguir de aquella mujer: todo. Incluso su carrera.

Luego, le había dirigido la palabra. ¿Qué le había dicho ese 12 de septiembre de 1970? Nada importante. Y él, tras cinco minutos de conversación, le había anunciado que iría a París para crear una empresa únicamente a partir de los escasos elementos que ella le había confiado. Aquello superaba la jugada de póquer.

Y ella, durante los años difíciles de sus inicios parisinos, cuando no estaba segura de haberse casado con el hombre ideal, se repetía que pese a todo tenía que celebrar semejante éxito profesional. Era lo único que había persistido en admirar de él, ¡y se lo debía todo a ella!

Es cierto que había que matizar. Ella solo había actuado como una llave maestra. Terrage París constituía una auténtica proeza. Pero lo que sacaba de sus casillas a Dominique es que Claude nunca le había confesado ni una palabra sobre su estrategia. Ella, que habría sido voluntariamente su cómplice, supo que nunca le perdonaría semejante manipulación.

«¿Qué era aquella mentira comparada con las que había descubierto la víspera?» Una gota de agua. Pero fue la que hizo desbordar el vaso. El sentimiento de horror en el que llevaba sumergida desde el día anterior se convirtió en una insólita cólera.

«Crees que soy previsible, ¿verdad? Pues te equivocas», pensó cerrando la puerta del coche.

–He recuperado mi empleo en Terrage –les anunció a sus padres.

–Y el colegio Carnot ha llamado para decir que la niña ha sido admitida. Llegará hacia las cinco –dijo el abuelo.

–Sois impresionantes, cada una a su manera –dijo la abuela.

No le preguntaron nada sobre su fracaso matrimonial. Ella se lo agradeció. Sentía una profunda necesidad de confiarse a alguien, pero no a ellos. Solo una persona podía ser su confidente.

Esta regresó de la escuela presa de un gran entusiasmo.

–Me encanta esta escuela –anunció–. Nada que ver con los zoquetes de París.

A los abuelos les encantó tener una nieta tan positiva. Dominique, asombrada por aquella metamorfosis, acompañó a la adolescente a su habitación.

–¿Puedo contarte algo? –preguntó con una expresión implorante.

–Adelante, mamá. Esperaba que lo hicieras.

Dominique no supo y nunca sabría si era una buena idea. Solo supo que era superior a ella. No

le escondió nada a su hija de la conversación íntima entre Claude y Reine que había oído ni de lo que su jefe le había contado esa mañana.

Épicène estaba atenta a cada una de sus palabras, con los ojos extrañamente brillantes. Cuando su madre terminó, la pequeña dejó de apretar los dientes:

–¡Qué tipo más repugnante!

–Son las siete. Ayer, a esta hora, era la mujer más feliz del mundo. ¿Sabes lo peor? Que lamento haber descubierto la verdad. Podría haber seguido siendo feliz. Es como si mi vida se hubiera desmoronado.

–¡Mamá, para ya! En estos últimos tres años ya ibas por el mal camino. No te reconocía en ese papel de burguesa acicalada, tenía la impresión de haberte perdido.

–Tienes razón, me había alejado de ti. Perdóname.

–No tengo nada que perdonarte. Habías caído en la trampa de ese tipo ruin. Bravo, has reaccionado fantásticamente. Te has librado de él.

–No. Todavía soy su prisionera.

–Lo superarás. ¡Divórciate!

–Oh no. Para divorciarme tendría que volver a verle. Y no quiero verlo nunca más, ni oír el sonido de su voz.

–Mamá, si no te divorcias, te quedarás sin nada.

–No quiero su dinero.

–Esta no es la cuestión. Es indispensable castigar a ese hombre. ¿Te das cuenta de lo que nos ha hecho a ti y a mí? Sería insoportable que quedara impune.

–No tendría fuerzas para enfrentarme a él, querida.

–No importa. Déjame a mí. Yo me divorciaré por ti.

–Eso es imposible.

–Ya lo veremos. Buscaré un abogado, tú solo tendrás que firmar los papeles.

Dominique se quedó mirando a su hija de catorce años con asombro. Como respuesta a aquella mirada, Épicène dijo:

–Yo sabía que me odiaba, tú me lo has confirmado. Él no sabe que yo le odio todavía más. Le llevo varios pasos de ventaja.

–Lo que él siente por ti se remonta a cuando naciste.

–Eso no se calcula con tiempo. En cuanto a tu amiga, debo decir que me parece rara.

–Su traición me hiere profundamente.

–«Traición», la palabra es exagerada. Digamos que ha tenido un comportamiento ambiguo contigo.

–¿Qué le impedía contarme la verdad?

–Creo que deseaba saber de lo que él era capaz. ¡Qué plan más retorcido! En todo caso, que Reine te sirva de ejemplo: dos veces, hace veinte años y ayer, se ha enfrentado a él. ¿Por qué no tuviste el mismo instinto?

–Porque de no ser así no habría tenido una hija tan maravillosa como tú, querida.

«¡La pobre se lo cree de verdad!», pensó Épicène. «¿A qué edad podré dejar de protegerla?»

Dominique recuperó su cuarto. Épicène se enamoró del desván, donde trasladó una cama y una mesa. Los abuelos, demasiado felices porque ya no los despreciaban, rejuvenecieron quince años en una noche.

Empezó una nueva vida.

Cada mañana, Épicène iba al colegio, donde no tardó en convertirse en una figura emblemática. Destacaba en todas las asignaturas y disfrutaba de una popularidad fantástica. Si les hubieran contado a los alumnos que en su colegio parisino aquella chica no hablaba con nadie, no habrían podido creerlo.

Al regresar a casa, llamaba al abogado para saber cómo avanzaban los trámites del divorcio. Este estaba tomando un giro singular. El abogado de Claude acabó contándole la verdad:

–A mi cliente no le importa.

Épicène respondió que eso no la sorprendía pero que su madre, en cambio, no compartía aquel punto de vista. Contactó con Reine Cléry y, del modo más neutro y natural, solicitó su testimonio.

–Puede contar conmigo –declaró.

Cuando Dominique volvía del trabajo, Épicène le hacía firmar los documentos, que apenas leía. En el momento de la inevitable confrontación, la niña acompañó a su madre. Volver a ver a Claude las impactó a ambas: en ocho meses había cambiado hasta volverse irreconocible. Aquel hombre cargado de soberbia y arrogancia parecía ahora un desecho humano de mirada apagada. La que todavía era su esposa desvió la mirada.

–El divorcio te sienta bien –le dijo él–. Se te ve en plena forma.

–El divorcio nos sienta bien –respondió Épicène–. Yo también me divorcio de ti.

Se concluyó que Claude les dejaba todo lo que era posible. «Eso no puede llamarse un divorcio amistoso», observó el abogado, «sino un divorcio testamento. Mi cliente se lo deja todo en vida.»

En vida, pero de milagro. Claude Guillaume ya no pertenecía al mundo de los vivos. Había confiado la dirección de Terrage París a su número dos, un hombre dócil que desempeñaba a la perfección su papel de vicepresidente.

Cuando Dominique y Épicène pasaron por la rue de Bourgogne para recoger sus cosas, se encontraron con el piso de un vagabundo depresivo. Saltaba a la vista que el dueño del lugar solo se levantaba de la cama para abrirle la puerta al repartidor de pizzas. Sin apenas probarlas, a juzgar por las cajas abiertas que yacían por el suelo. Desprendían un olor pestilente que no parecía molestarlo. Su momentánea intrusión ni siquiera suscitó una reacción en él, siguió con la mirada vacía fija en la televisión encendida.

En el momento de marcharse, la adolescente de quince años pensó que no vería nunca más a su padre. Y se sintió profundamente aliviada por ello.

Durante varios meses, Dominique no dejó de darle vueltas. Sin detenerse a pensar, le hacía a su hija preguntas como:

–El 15 de septiembre de 1970, ¿por qué mi jefe no sintió la necesidad de preguntarme si era cierto lo que le había dicho Claude?

–Porque Claude se había ganado su confianza.

–¿Y cómo podía saber Claude que mi jefe no lo comprobaría?

–Porque eras el tipo de chica atorada con la que no resulta fácil hablar.

–¿Por qué siempre tienes la respuesta correcta?

–Porque, a posteriori, esta historia era todo mentira.

Ya no decían «tu padre» o «tu marido» sino Claude.

–En latín, Claude significa «cojo». Todo lo opuesto a un tipo recto –declaró Épicène.

Un día que su madre no dejaba de darle vueltas al mismo tema, su hija le dijo que pasara página.

–Has ganado el divorcio –dijo.

–En un divorcio nadie gana. Siempre es un fracaso para todos.

Épicène, que no compartía esa opinión, cambió de argumento:

–Sea cual sea el juego, has ganado tú.

–¿Cómo puedes pensar eso? Claude me ha humillado durante veinte años.

–No. Te engañó. Y tú eras demasiado leal para sospechar de una estrategia tan inmunda.

–¡Si solo fuera eso! Yo le amaba. ¿Cómo superar haber amado tanto a quien se suponía que también te amaba?

La adolescente reflexionó.

–Sientete orgullosa de haber amado, mamá. La persona que ama es siempre la más fuerte. La prueba: compara tu salud actual con la de Claude.

–Él también ama.

–Reine tiene razón: eso no es amor, es obsesión. Tú tienes el mejor motivo de venganza y no piensas en ello.

–¿Cómo sabes que todavía le amo?

–Te conozco. Fíjate en ese imbécil, dispuesto a malgastar toda su vida para vengarse: ha fracasado en todo. A Reine le importa un bledo y no ha conseguido nada. Mientras que tú siempre te has comportado de un modo irreprochable y ahora ves a tu enemigo morder el polvo.

–Lo peor es que no siento ninguna satisfacción.

–¿De verdad habrías preferido que Reine dejara a su marido por Claude?

–¡No! ¡Pobre Reine, la quiero demasiado para eso!

A Épicène aquella respuesta le provocó una sonrisa. Así que su madre no era tan romántica. La chiquilla continuó:

–Dentro de un mes, dentro de un año, una mañana te despertarás y te darás cuenta de que has dejado de sufrir.

–¿Y tú cómo sabes esas cosas?

Entre sus once y sus catorce años, la chiquilla había estado muerta durante algunos siglos. Aquellos años de celacanto le habían permitido acceder a los archivos del Infierno. Ahora que había vuelto a la vida, podía convocar a su antojo aquellos recuerdos. Se guardó mucho de decirlo y se limitó a encogerse de hombros.

«La persona que ama siempre es la más fuerte»: a Dominique le impactó la verdad de esa declaración de su hija. Por más que se sintiera devastada por lo que había descubierto, también se sentía rebotante de fortaleza. Poco a poco, se fue dando cuenta de que estar lejos de Claude le devolvía las fuerzas. Durante todos los años en los que había vivido con él, se había visto privada de gran parte de su energía, que ahora le había sido devuelta.

Algunos días, pensaba: «¿Qué voy a hacer con todo ese amor?»

No le faltaban pretendientes. Ella se los quitaba de encima: no podía obligarse a considerarlos seductores.

Por suerte, amaba profundamente a Épicène, que le correspondía con creces. Se manifestaban poco ese amor, pero lo sentían constantemente.

Llegó el día en que Dominique les dijo a sus padres que ya tenía los medios para alquilar un piso.

–¿Quieres marcharte? –preguntó su padre con inquietud.

–En absoluto. Simplemente me da miedo ser una carga.

–Tu madre y yo estamos encantados de que tú y la pequeña estéis aquí.

Les alegró quedarse. Épicène sentía una auténtica pasión por su abuelo. Se sabía de memoria páginas y páginas de poemas de Victor Hugo y se los recitaba con voz grave.

«Y pensar que Claude se avergonzaba de haberse casado con la hija de este hombre», pensaba.

En su fuero interno, la adolescente sabía que el combate que la enfrentaba a su padre era mucho más duro que el que enfrentaba a su madre con su marido. Dominique tenía que triunfar en el amor: estaba ganado. Épicène tenía que triunfar en el odio: era inextricable.

No tener que relacionarse nunca más con aquel al que odiaba constituía su gran victoria. Por desgracia, aunque conseguía expulsarlo de sus pensamientos, sentía su presencia demasiado a menudo. De noche, a veces se despertaba entre ataques de odio: no solo no volvía a conciliar el sueño sino que lo sufría igual que si el veneno corriera por sus venas.

Cuando te ha mordido una serpiente, hay que chupar el veneno y escupirlo. «¿Cómo actuar cuando la mordedura está situada por todo tu cuerpo?», se preguntaba.

Épicène sacó el bachillerato con la nota más alta. Para sorpresa de todos, se matriculó en inglés en la Universidad de Rennes.

–¿Por qué inglés? –le preguntaban.

–Porque es la lengua de Shakespeare, contemporáneo de Ben Jonson –respondió.

–¿Es por tu nombre?

–Exacto.

Daba la impresión de que a la gente le parecía un motivo algo frívolo. Épicène pensaba que no era así en absoluto. ¿Qué mejor manera de contrarrestar el *tragic flaw* que la atormentaba que estudiando desde el origen? Por lo que sabía de los héroes isabelinos, ellos por lo menos experimentaban sentimientos tan desmesurados como los suyos.

Disfrutó mucho de sus años en Rennes. Le encantaba oír cómo toda la facultad la llamaba Épicène en un tono de admiración. Eligió el mayor número de asignaturas relacionadas con autores isabelinos. La obra que llevaba su nombre no fue su preferida. Leyó y releyó *Ricardo III* hasta la intoxicación.

Sus discípulos lamentaban que una chica tan guapa fuera tan inaccesible. Ella también sufría por ello. Cuando se sentía atraída por alguien, se sentía retenida por una fuerza que la clavaba en la pared.

Dedicó su tesis al verbo «*to crave*», desde su aparición hasta nuestros días. Escépticos, los profesores intentaron disuadirla: «No resistirás con un tema semejante.» Ella no se dejó intimidar.

A una amiga que le preguntó sobre aquella extraña obsesión, ella respondió:

–Este verbo soy yo.

–¿Y cuál es tu complemento?

–¡Ah, ojalá lo supiera!

Su tesis deslumbró al tribunal. Pasó la licenciatura con honores. De regreso a Brest, encontró trabajo como profesora de inglés en un centro superior técnico.

Como Épicène no parecía estar buscando otra cosa, su madre no pudo impedir preguntarle:

–¿Todo esto para llegar hasta aquí?

–Me gusta mi trabajo.

–¿Te gusta la vida?

–Todavía no sé qué sentido tiene –respondió la encarnación del verbo «*to crave*».

Un día que estaba corrigiendo una pila de exámenes, recibió una llamada de teléfono.

–¿Dominique? –preguntó una voz de una extrema gravedad.

–Soy Épicène –respondió ella–. ¿De parte de quién?

–Soy tu padre.

Silencio.

–Te llamo desde el hospital. Tengo cáncer de pulmón. No deja de ser curioso, ya que nunca he fumado.

–¿Querías hablar con mamá?

–No. Sé que ella no querrá. Es contigo con quien quería hablar.

–Te escucho.

–Pues bien. Estoy en la fase terminal. Como mucho me queda un mes de vida, probablemente una semana.

Guardó silencio, esperando una palabra de compasión que no llegó, y prosiguió:

–Me gustaría volver a verte.

–¿Por qué?

–No lo sé. Siento esa necesidad. Estoy en el hospital. No tardes.

Colgó.

Cuando su madre regresó del trabajo, Épicène se lo contó.

–¡Un cáncer de pulmón! –exclamó Dominique.

–Voy a ir a verlo.

–¿Estás segura?

–Son las últimas voluntades de un moribundo. No puedo ignorarlas.

Al día siguiente, la joven de veinticinco años tomó el tren con destino París. Llevaba diez años sin poner los pies allí. Durante el trayecto, intentó concentrarse en lo que esperaba de aquel reencuentro con Claude. En vano: su mente rechazaba el obstáculo.

Una enfermera la acompañó hasta la habitación.

–¿Es su padre? Cuidado, corre el riesgo de sufrir un shock.

«¡Si supiera hasta qué punto!», pensó ella.

–Señor Guillaume, tengo una sorpresa para usted: es su hija –anunció la enfermera con voz suave antes de marcharse.

Épicène descubrió un cuerpo encogido, cuyo pecho estaba encastrado en una especie de respirador gigante que ascendía y descendía con regularidad.

–Hola, Épicène.

Ella no pudo responderle.

–Hace diez años que no te veía. ¡Qué guapa estás! Te pareces a tu madre a la misma edad.

Aquellas palabras amables no le inspiraron ninguna confianza. Permaneció en silencio.

–¿A qué te dedicas?

–Soy profesora de inglés. Me he titulado.

–¡Bravo! Eso es estupendo.

Era la primera vez que su padre la felicitaba. Sintió vergüenza por el placer que le producía.

–He escrito una tesis sobre el verbo «*to crave*».

–¿Puedes traducir?

–Significa «tener la imperiosa necesidad de».

–*To crave*. Pues es el verbo de mi vida y no lo conocía. Y sin embargo he explorado su sentido hasta lo más profundo.

La joven disimuló su incomodidad.

–El inglés es un idioma sorprendente –retomó él–. Basta una sola palabra allí donde nosotros nos debilitamos a golpe de perífrasis.

–*And now, what are you craving for?*

–Nada en absoluto. Ni siquiera morirme me interesa demasiado.

–Entonces, ¿por qué querías que viniera?

–Por curiosidad. He experimentado el deseo en su extremo más compulsivo y he fracasado. En su lecho de muerte, un hombre que ha fracasado tanto en su objetivo no puede evitar hacer balance. Terrage París me importa un comino. Lo que dejo en este mundo, la huella de mi paso, ¿eres tú!

–Me odias.

–Hablas de una época que ya no existe. Eso fue durante mi venganza.

–¿Cómo pudiste querer vengarte de una mujer a la que amabas?

–Es a causa de tu verbo inglés, *to crave*. La amaba de ese modo, ya ves. Cuando me dejó, mi imperioso deseo de tenerla persistió. Para mí, el modo de mantener el vínculo privilegiado con aquella mujer fue la cólera.

–¿Y no habrías podido buscar otro modo?

–Está claro que no.

–Puestos a vengarte, ¿por qué no la asesinaste?

–¿Es lo que habrías querido?

–No habría querido nada pero habría comprendido el crimen pasional.

–El asesinato es demasiado rápido. Y no lo bastante cruel. Quería que sufriera.

–¡Menudo fracaso!

–Lo sé.

–¿Y ahora sientes vergüenza?

–¿Vergüenza de qué?

–¿Del daño que le hiciste a mamá?

–Se está recuperando la mar de bien, al parecer.

–¿Y del daño que me hiciste a mí?

–Cuando compruebo el resultado, no, no siento vergüenza. Pareces una mujer satisfecha consigo misma.

–Pues no será gracias a ti.

Quiso hablarle de sus crisis de odio. Sin saber por qué, se abstuvo de hacerlo.

–No, no me siento avergonzado –continuó él–. ¿De qué serviría?

–Para consolarme.

–¿Crees en esas cosas, tú? Los remordimientos, ¡menuda idiotez!

–¿Te parece más inteligente la venganza?

–No. Pero la comprendo.

–Así que, si pudieras volver a empezar, ¿actuarías igual?

–Creo que se me ocurriría una venganza más eficaz.

–No has aprendido nada. Mira, yo también te odié a más no poder. Ni siquiera moví un dedo.

Moraleja: ¿quién va a morir de un cáncer de pulmón?

Él se rió:

–No se puede negar que eres mi hija.

–Precisamente no. Creo en una justicia consustancial.

–¿Y te conformas con eso? –dijo en un tono cargado de insinuaciones.

–Mi mal viene de más lejos.

–Es porque desconfías de los demás. Cuando estés locamente enamorada, me entenderás.

–Por tu culpa soy incapaz de vivir un amor así. No es de los demás de quien no me fío sino de mí. Por tu culpa.

–Hace un minuto recalcabas lo diferente que eras.

–No soy una copia exacta de ti, pero hay mucho de ti dentro de mí. Por ejemplo, el verbo «*to crave*» también me atormenta, salvo que yo desconozco el objetivo de mi necesidad.

–Resulta interesante.

–Resulta más frustrante que interesante. ¿Puedo preguntarte algo?

–Te lo ruego.

–Más allá de lo absurdo, lo que menos consigo entender de tu estrategia de venganza es su duración. ¿Cómo lograste mantener un objetivo tan delirante durante cerca de veinte años?

–Porque el tiempo había dejado de tener valor para mí. Hay un pez de las profundidades llamado celacanto: cuando ya no tiene medios para seguir viviendo, programa su muerte. Entra en una fase comatosa hasta que las condiciones de su vida se restablecen. El tiempo deja de existir para él.

–Sé de lo que me hablas –susurró la joven.

El hombre no se dio cuenta.

–Tienes buen aspecto –dijo él.

–Es el muerto que se ríe del degollado.

–¿Por qué evitas mirarme?

Épicène hizo un esfuerzo para contemplar la figura paterna. Durante un momento, fue un duelo de miradas.

–Estás mejor que hace diez años –comentó la chica–. Tu mirada ya no está apagada.

–Tienes razón. La inminencia de mi muerte me libera.

–¿Por qué no te suicidaste hace diez años?

–Buena pregunta. No pude evitar esperar a que ocurriera algo que lo cambiara todo.

–¿Que Reine volviera contigo?

–No, no llego a creer en Papá Noel. Es como si no pudiera aceptar que todo termine de un modo tan estúpido. Lo más terrible no es ser infeliz, es que serlo no tenga ningún sentido.

La joven observó el aparato que le comprimía el pecho.

–¿Es doloroso?

–Sin este respirador ya estaría muerto. Para mí, que necesito sentido, me alegro de morir por una enfermedad respiratoria. Mi deseo de venganza me ha asfixiado en sentido literal.

Épicène se fijó en el cable eléctrico que conectaba la máquina a la corriente. Ocurrió algo extraordinario: desconectó el respirador. Un segundo antes, no sabía que iba a hacerlo.

Claude solo tuvo tiempo para comprenderlo. Abrió unos ojos extáticos. Con una auténtica

estupefacción, su hija lo miró mientras se ahogaba. Menos de medio minuto más tarde, estaba muerto.

Sin reflexionar, Épicène volvió a conectar el aparato. Luego salió de la habitación para pedir ayuda:

–¡Vengan, rápido! ¡Le ha ocurrido algo a mi padre!

No estaba actuando, estaba auténticamente trastornada.

La enfermera llegó.

–Señorita, lo siento, pero su padre ha muerto –anunció.

–No lo entiendo –exclamó Épicène–. Estábamos hablando tranquilamente y de repente he visto cómo se ahogaba.

–Afortunadamente estaba usted aquí. Ha muerto en compañía de su querida hija. Así es como nos gustaría marcharnos a todos. ¿Quiere telefonar a alguien?

–No creo que tenga fuerzas –respondió la joven hundiéndose en la butaca.

–Iré a buscar a un médico –dijo la enfermera mientras salía de la habitación.

Según el príncipe de Ligne, no existe el mal más allá de la premeditación: identifica esta con la vulgaridad. Según este príncipe, una fechoría cometida en un momento solo es venial.

Épicène no había leído a Ligne pero tuvo la oportunidad de comprobar la certeza de su pensamiento. Por haber actuado sin una fracción de segundo de premeditación, se sintió inmediatamente inocente. No había perdido la razón, pero sabía que había matado a su padre. Sin embargo, le fue concedido no experimentar ningún remordimiento.

Mejor aún: durante los estupefactos segundos en los que le vio morir, experimentó una alegría imposible de expresar con palabras. Lo vivió como la prueba, si es que la necesitaba, de que la gracia estaba unida a este asunto.

Sabía que su convicción no resistiría un análisis. Recordó haber decidido, a la edad de once años, que mataría a su padre. Su odio hacia él no había disminuido. Sin embargo, no dudó de su inocencia.

Con el fin de no caer en la complacencia, decidió guardarse el secreto para ella. ¿Cómo compartir lo que ningún lenguaje podría expresar?

Durante ese tiempo, la enfermera puso al corriente al médico.

–¿Somos nosotros responsables? –preguntó él.

–Con toda probabilidad, no. Sin embargo, sugiero que no profundicemos en la cuestión. No podemos descartar que se haya producido una fluctuación de la corriente eléctrica.

–¿Cómo está la hija del fallecido?

–Destrozada.

–Hágale firmar el certificado. Nunca se es demasiado prudente.

Sin que pareciera consciente, Épicène supo que firmaba un formulario que, exculpando al hospital de cualquier responsabilidad, también la exculpaba a ella: su padre había muerto a causa de un cáncer de pulmón.

–Es como si hubiera esperado a que le visitara para morir –dijo ella.

–No lo dude –aseguró el médico.

Preguntó si podían trasladar el cuerpo a Brest para el funeral. La pusieron en contacto con las pompas fúnebres. Tras numerosas formalidades, regresó a la estación de Montparnasse.

Desde el momento en que el tren se puso en marcha, se dejó llevar por una alegría insólita. En su corazón, hablaba con el difunto: «No me parezco a ti. La prueba es que tú has sacrificado tu vida en una venganza que ha resultado un completo fracaso. Y yo, en cambio, sin siquiera un

segundo de premeditación, consigo la venganza más deslumbrante de la historia.» Comprobar el progreso de las generaciones la hizo sentirse exultante.

A su regreso, Épicène se llevó a un lado a su madre:

–Claude ha muerto en el hospital mientras hablaba con él.

Dominique se descompuso.

–No ha sufrido. Todo ha ocurrido como si esperase a mi presencia para morir.

–¿Te ha hablado de mí?

–Mamá, no voy a engañarte. No, no ha hablado de ti, no ha manifestado remordimientos. Pero me encontré con un hombre desprovisto de odio. Te juro que ha tenido el mejor tránsito que podía tener.

La joven confesaba así el fondo de su pensamiento.

Dominique rompió a llorar.

–¿Lloras porque no me ha hablado de ti, mamá?

–No. Lloro la muerte del hombre de mi vida.

–Entiendo. Por eso he organizado el traslado de su cuerpo a Brest. La ceremonia tendrá lugar el domingo.

Más tarde, Épicène fue a comunicarles la noticia a sus abuelos. Reaccionaron con dignidad. La joven admiró la discreción de sus abuelos, que nunca habían preguntado nada sobre ese drama conyugal.

Al sacerdote no pareció conmovérle que solo acudieran cuatro personas al entierro. Mientras se desarrollaba el ritual, llegó una rezagada.

«¡Menuda audacia! ¡No le falta descaro!», pensó Épicène.

A los cincuenta años, Reine había alcanzado una belleza sobrenatural. Alta, delgada, de riguroso luto, una majestuosa ausencia de dolor.

Dominique se sobresaltó al verla y redobló sus sollozos.

El pequeño cortejo se encaminó hacia el cementerio. Sin vergüenza, Reine tomó a su amiga del brazo, y esta no opuso ninguna resistencia.

El entierro propiamente dicho fue conmovedor. Épicène no pudo evitar un escalofrío cuando echó su palada de tierra sobre el ataúd. El representante de Dios pronunció una frase cargada de sentido:

–El amor inspirado por un ser no se mide por el número de personas presentes en su inhumación.

Una vez terminado, la joven acompañó a sus abuelos, que, coherentes consigo mismos, no preguntaron por la identidad de la dama que había permanecido junto a su hija ante la tumba.

–He venido para rogarle que me perdone, Dominique. Se habrían podido evitar tantos sufrimientos si yo no hubiera cometido el error de callarme.

–¿Por qué no me dijo nada?

–Pensé que tenía que contarle la verdad de entrada o nunca. Y como tardé un tiempo en

comprender que se trataba de su marido, me pareció que era demasiado tarde. Me equivoqué.
¿Podrá perdonarme?

La viuda hizo un gesto de asentimiento.

—Aquí yace uno al que no vamos a echar de menos —añadió Reine con un gesto de la barbilla dirigido a la tumba.

—Dice eso pero no ha podido resistirse a asistir al funeral.

—Llevo más de diez años buscando un pretexto para reanudar mi relación con usted. La ocasión me pareció propicia. Estoy aquí por usted, no por él.

—¿Sabe lo que más me tortura de todo este asunto? No es la mentira, la traición ni la manipulación. Es no haber sido la protagonista de mi propia vida. Solo era una secundaria, lo que me ha asesinado es una bala perdida, nada me estaba destinado. Esta historia no me concernía ni de cerca ni de lejos. Sobre mi tumba tendrán que escribir: «Dominique Rosec, secundaria.»

Reine puso la mano sobre el hombro de su amiga y dijo:

—Se equivoca. El secundario era Claude.

Título de la edición original:
Les prénoms épicènes

Edición en formato digital: abril de 2020

© imagen de cubierta, Production Iconoclast Image. © Jean-Baptiste Mondino

© de la traducción, Sergi Pàmies, 2020

© Éditions Albin Michel, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4148-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

cover